

La escuela fenomenológica de Göttingen

(Los años universitarios de Göttingen)

Edith Stein

(Selección de textos y presentación a cargo de
Vicente Durán Casas, S.J.)

RESUMEN

*Las páginas que siguen contienen una serie de fragmentos —presentados en forma corrida para facilitar la lectura— correspondientes al capítulo séptimo de la autobiografía de la filósofa alemana Edith Stein, discípula y asistente de Edmundo Husserl, recientemente beatificada por el Papa Juan Pablo II. No se trata de un texto teórico sobre fenomenología —ni siquiera de un fragmento de historia de la filosofía—, sino de un sencillo relato autobiográfico; se trata de una evocación de lo vivido por la autora en el ambiente universitario de Göttingen entre 1912 y 1916. Aunque en este relato no se halle la intención de presentar una historia de la “Escuela Fenomenológica de Göttingen” (en la medida que sea posible hablar en tales términos), son muchos los datos —expuestos con encantadora espontaneidad— que pueden extraerse de él sobre el ambiente en que este movimiento se desarrolla y sobre la personalidad de un buen número de sus protagonistas. La presentación que se hace de la autora y del texto permanecen también en un nivel puramente biográfico; no se ha pretendido una exposición del pensamiento filosófico de Edith Stein. Utilizamos la traducción de la autobiografía de Edith Stein realizada por el profesor de la Universidad de Salamanca Dr. Carlos Castro Cubells y publicada en 1973 por la Editorial de Espiritualidad con el título **Estrellas Amarillas**. Agradecemos a dicha editorial su permiso para esta publicación.*

Presentación

Cuando, en los primeros días de mayo de 1987, el Papa Juan Pablo II llegó a Alemania para beatificar a la monja Edith Stein en Colonia, precisamente donde ésta había vivido años atrás (1933-1939) bajo la estricta clausura del Convento Colonia-Linderthal, de la Orden Carmelita, la prensa internacional informó de sucesivas y críticas manifestaciones en contra de lo que ellos llamaban "Verfälschung" (falsificación) de la vida de la judía Edith Stein. La revista *Der Spiegel* (1) destacó el acontecimiento en forma por demás escandalosa.

Por su parte, el mismo Juan Pablo II no dudó en afirmar en repetidas ocasiones que la Beata Edith Stein había muerto por Cristo, no obstante haber sido asesinada por su origen judío. La mataron por ser judía, pero ella murió por Cristo.

¿Quién era esa mujer que, habiendo muerto el 9 de agosto de 1942 en Auschwitz-Birkenau en total abandono y soledad, y como una víctima más del irracional régimen nazi, todavía 45 años después sigue atrayendo hacia sí la mirada interesada de monjas, intelectuales filósofos, obispos y periodistas, muchos de ellos ajenos a sus creencias y más todavía ajenos a su estilo de vida retirado y austero? (2).

Edith Stein había nacido en Breslau, Silesia (hoy parte de Polonia), el 12 de octubre de 1891. Era hija de judíos practicantes, comerciantes madereros que por razones económicas se radicaron en Breslau en 1889. De los once hijos de Siegfried Stein y Augusta Courant sólo sobrevivieron siete, de los cuales Edith era la menor. Vivió su infancia en la capital silesiana, centro económico y cultural del este alemán. Allí mismo ingresa a estudiar Psicología, y entrando, al poco tiempo, en una profunda crisis existencial, motivada por su contacto con el mundo estudiantil de la época, la lectura de Helmuth Garringa y su progresiva penetración en las "Ciencias del Espíritu", que la van conduciendo, poco a poco, hacia un angustioso ateísmo teórico y práctico. Pero, en medio de sus estudios, entra en contacto con una obra que le llama la atención y se convierte para ella en un camino de luz en medio de la profunda oscuridad que se imponía a su joven espíritu: las *Logische Untersuchungen (Investigaciones Lógicas)*, del filósofo Edmund Husserl, aparecidas en los años 1900 y 1901. Necesitada de una orientación que le ayude a criticar a fondo esa "psicología sin alma", se dirige a Göttingen, sede del célebre Herr profesor. Hay aquí un hecho que no puede pasarse sin más: una joven de apenas veinte años encuentra en la lectura de las *Investigaciones Lógicas* de Husserl una respuesta a su crisis existencial! Esto nos habla ya por sí mismo del carácter intelectual de la joven, de su capacidad para llegar al fondo de los problemas. El pensamiento de Husserl la sacará del pozo sin fondo del naturalismo escéptico y le proporcionará, con el correr de los años, una actitud espiritual propicia para la fe.

1. Nº 18, 1987.

2. La mejor biografía de Edith es la de Theresia a Madre Dei, "Edith-Stein, en busca de Dios", quinta edición, Editorial Verbo Divino, Estella (Navarra), 1987.
Ver también el libro de María Amata Neyer, "Edith Stein, su vida en documentos e imágenes", Editorial de Espiritualidad, Madrid, 1987.

Escuchando las lecciones de filosofía fenomenológica dictadas por el mismo Husserl, y asistiendo a clases de germanística e historia, obtiene en 1915 la licenciatura con la calificación de “sobresaliente”. Durante estos años de la primera guerra mundial, Edith es enviada a servicio en el hospital de infecciosos en Mährisch-Weisskirchen con la Cruz Roja de Alemania. En 1916 presenta su tesis doctoral, dirigida por el propio Husserl, titulada *Zur Problem der Einfühlung (Sobre el problema de la Empatía)*, es decir, sobre el sentido problemático de la participación afectiva y emotiva de un ser humano en una realidad ajena al sujeto. La tesis obtiene la máxima calificación: “Summa cum laude” (3).

El doctorado le ha sido otorgado por la Universidad de Friburgo de Brisgovia, a donde se ha trasladado Husserl. Allí mismo trabaja, por pedido del filósofo, como ayudante científica del padre de la fenomenología. Por aquel entonces, Edith trata, inútilmente, de conseguir su nombramiento para una cátedra filosófica. ¿Qué causas se lo impiden? Nada menos que su origen racial.

Entre 1919 y 1923, Edith trabaja como docente científica privada, pero en 1921 lee en casa de sus amigos y colegas los Conrad Martius (4) la vida de Santa Teresa de Jesús. No creemos que la conversión a la fe cristiana sea algo así como un asunto mágico, que se produce por la lectura de un libro o en un momento puntual de arrebatada inspiración, menos aún en el caso de quien había encontrado la luz del inconformismo en una obra como las *Investigaciones Lógicas* de Husserl; la conversión de Edith tuvo que ser un proceso lento, complejo y difícil. Dígase lo que se diga o lo que se piense al respecto, resulta innegable que nuestra filósofa decide hacerse bautizar cristiana, como en efecto sucede el primer día del año 1922. Desde entonces hasta 1931, Edith se dedica a la docencia en instituciones católicas, a traducir a Santo Tomás de Aquino y algunos escritos del Cardenal Newman, a escribir, asistir a congresos y dictar conferencias. En 1932 es nombrada profesora en el Instituto Alemán de Pedagogía Científica de Münster.

El 14 de octubre de 1933, nueve meses después del ascenso definitivo de los nacional-socialistas al poder en Alemania, Edith ingresa al Carmelo de Colonia-Linderthal en calidad de postulante. Toma el hábito de la mística y Doctora de Avila el 15 de abril de 1934, con el nombre de Teresita Benedicta a Cruce. Creía Edith haber encontrado la tranquilidad y la paz propias del convento de clausura, pero en ello estaba equivocada. No había ocultado su origen judío, y por ello comienza a temer por su vida y por la seguridad del convento, razón por la cual decide emigrar al convento de las mismas monjas en Echt (Holanda), a donde se traslada el último día del año 1938, poco antes del estallido de la segunda guerra mundial. También a Holanda habría de llegar la furia del perseguidor (5). Edith es detenida el dos de agosto de 1942, e inmediatamente es trasladada primero a Amersfoort, luego al campo de concentración de Westerbork, y

-
3. Ver el trabajo de John Hughes, “Edith Stein’s Doctoral thesis on empathy and the philosophical climate from which it emerged”, en *Teresianum*, Roma, (vol. 36), 1985, pp. 455-484.
 4. Cfr. *Cartas de Edith Stein a Hedwig Conrad Martius*, Editorial Verbo Divino, Estella, 1963.
 5. Cfr. *El Diario de Anna Frank*; igualmente, la maravillosa película de Max Fischer, “La estrella de David - The Lucky Star”.

luego hacia el Este —de donde había venido—, llegando a Auschwitz-Birkenau y muriendo allí, en la cámara de gas, el mismo día de su llegada: nueve de agosto de 1942 (6).

El haber ingresado al convento no supuso para Edith dar por terminada su tarea como escritora. En cumplimiento de su obediencia religiosa, produjo, dentro de los muros del Carmelo, y extrañando una mejor biblioteca, sus dos mejoras obras, *La Ciencia de la Cruz - estudio sobre San Juan de la Cruz* (Dinor-El Carmen. San Sebastián-Vitoria, 1959), y *Endliches und Ewiges Sein (Ser finito y eterno)*, de la cual no existe aún traducción castellana, y que ha resistido ya la tercera edición alemana. En esta última obra, sin duda la más importante desde el punto de vista filosófico, se esfuerza en reinterpretar el sentido del ser en general.

La edición alemana de las obras completas de Edith Stein va ya por los diez volúmenes, entre los cuales se destacan sus obras *La Mujer* (Herder, 1959), *Mundo y Persona* (Herder, 1962) y su epistolario en dos volúmenes (7).

La filosofía de Edith Stein podría ser considerada (sin caer por ello en el facilismo del encasillamiento) como un puente entre la fenomenología husserliana y la filosofía existencial de corte personalista (8), marcada por el sello de la fe cristiana, corriente dentro de la cual han elaborado sus teorías no pocos filósofos existencialistas.

En este número de *Universitas Philosophica*, hemos querido dar a conocer un texto suyo que, a pesar de haber sido traducido al español por Carlos Castro Cubells, ha sido muy poco difundido entre los lectores y estudiosos de la fenomenología. Aunque no se trata de un texto o artículo propiamente filosófico, estamos seguros de que será de gran interés para todos aquellos que se ocupan de la filosofía fenomenológica, y más particularmente para los interesados en la historia de la escuela fenomenológica durante la docencia de Husserl en Göttingen.

Presentamos sólo algunos apartes del capítulo 7º de la autobiografía de Edith Stein publicada en castellano bajo el título *Estrellas amarillas*. El capítulo que aquí extractamos se titula: "Los años universitarios de Göttingen". Dado que en estas páginas se trata del contacto de Edith con Husserl y con los filósofos que acompañaron a éste durante su estadía en Göttingen, las hemos titulado "La escuela fenomenológica de Göttingen". Con ello dejamos en claro cuál ha sido el criterio que nos ha guiado en esta selección: lo que puede tener algún valor informativo sobre los integrantes de ese grupo filosófico.

Escritas en 1933, estas páginas nos narran lo que fue la vida de Edith entre 1913 y 1915. Son narraciones anecdóticas, descripciones de personajes y lugares y vivos e

6. Ver la obra de Alberto Pérez, *Edith también murió en Auschwitz*, México, 1987.

7. Ver el artículo de Simeón de la Sagrada Familia, "Obras publicadas de Edith Stein"; *Revista Monte Carmelo*, (Vol. 86), 1978, pp. 353-363.

8. Cfr. GARCIA ROJO, Ezequiel: "Presupuestos para una filosofía de la persona en Edith Stein"; en *Teresianum*, Roma, 35, (1984-II), pp. 359-384.

Cfr. MINGUEZ, J.A. "Bergson y Edith Stein: dos caminos hacia la mística", en *Arbor*, 92, 1975, pp. 21 y ss.

inspirados comentarios sobre la vida de la Escuela de Göttingen, cuyos protagonistas fueron Edmund Husserl, Max Scheler, Adolf Reinach, Max Lehmann (Discípulo de Ranke y profesor de Edith), Theodor Lipps (de quien Edith tomaría el concepto de endopatía, que habría de servirle para su tesis doctoral), y algunos otros que aparecen en estas páginas. Por su parte, los sucesos que conforman el contexto histórico de este relato son, entre otros, la aparición de la obra de Husserl *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*, el estallido de la primera guerra mundial —que Edith comenta con penetrante agudeza— y el movimiento de la Sociedad Filosófica que habían fundado, allí mismo en Göttingen no hacía mucho tiempo, Alexandre Koyré, Dietrich von Hildebrand, Hedwig Martius y otros, y que dirigía por esos años el lingüista Rudolf Clemens.

Estrellas Amarillas

Cap. 7 “Los años universitarios de Göttingen” (Fragmentos)

Dejando a un lado muchas circunstancias accidentales, paso al motivo principal que me había llevado a Göttingen: la fenomenología y los fenomenólogos.

En Breslau me había dado ya Mos la consigna: “Cuando se llega a Göttingen lo primero que se hace es ir a ver a Reinach; él se cuida de lo demás”. Adolf Reinach era Privatdozent de Filosofía. El y sus amigos Hans Theodor Conrad, Moritz Geiger y algunos otros eran originariamente discípulos de Theodor Lipps en München. A raíz de la aparición de la *Investigaciones lógicas* habían insistido en que Lipps comentara con ellos esta obra en un Seminario.

Cuando Husserl fue llamado a Göttingen, se reunieron en torno a él (año 1905) para que el maestro en persona les iniciase en los misterios de la nueva ciencia. Este fue el origen de la “escuela de Göttingen”. Del grupo fue Reinach el primero en ser habilitado y era la mano derecha de Husserl, sobre todo el enlace entre él y los alumnos, pues tenía un gran don de gentes, en contraste con Husserl, que, en este punto, era casi una nulidad. Reinach tenía entonces treinta y tres años.

Yo seguí el consejo de Moskiewicz al pie de la letra. Creo que el mismo día de mi llegada hice el recorrido hasta Steinsgraben, 28. Esta calle lleva hasta el límite de la ciudad. La casa en que vivían los Reinach era la última. Detrás se extendía un gran campo de trigo. Un estrecho sendero conducía, por delante del parque del Emperador Guillermo y pasando por la torre de Bismarck, hasta el bosque de Göttingen.

Pregunté por el doctor Reinach y una rubia muchacha me condujo a su cuarto de trabajo y tomó mi tarjeta de visita para anunciarme. Era un amplio y hermoso salón con dos grandes ventanas, con alfombras oscuras y muebles de haya oscuros. Las dos paredes de la izquierda según se entra estaban cubiertas casi hasta el techo con estanterías de libros. A la derecha había una puerta de cristales de colores que daba a las otras habitaciones. El ancho rincón que quedaba entre esa puerta y una ventana estaba ocupado por una gran mesa de trabajo. Frente a la silla del profesor y delante de la mesa había unos sillones para los visitantes. En el ángulo formado por las dos estanterías se había hecho un rincón acogedor con una mesa, y sofá y varios asientos. Frente a la silla de la mesa de trabajo había colgada de la pared una gran reproducción de la “*Creación del hombre*” de Miguel Angel. Era el cuarto de trabajo más cómodo y con más gusto que he visto.

Reinach se había casado hacía medio año. Toda la amplia casa había sido planeada con gran amor por su esposa, que dirigió la instalación. No creo, por lo demás, que me diera cuenta de todos estos detalles en la primera visita. Solamente llevaba unos momentos de espera cuando oí al final del largo pasillo una exclamación de alegre sorpresa. Enseguida alguien se acercaba con paso acelerado, se abrió la puerta y Reinach apareció.

Era de una estatura que apenas llegaba a la media, no muy fuerte de complexión, pero ancho de hombros. Barbilla lampiña, con pequeño bigote oscuro, la frente ancha y despejada. A través de los cristales de sus lentes unos ojos castaños miraban inteligente y amablemente. Me saludó con cordial amabilidad. Me hizo sentar en la butaca más próxima junto a la mesa y luego tomó él asiento en su silla de trabajo poniéndola de lado, quedando frente a mí.

“El doctor Moskiewicz me ha escrito hablándome de usted. ¿Ha estudiado algo de fenomenología?” (hablaba con marcado acento de Mainz). Le dije brevemente lo que había hecho en ese sentido. Enseguida se mostró dispuesto a admitirme en sus “ejercicios para adelantados” aunque no me podía precisar todavía el día y la hora porque iba a reunirse con sus alumnos precisamente para determinarlo. Me prometió hablar a Husserl de mí. “¿Quizás desee usted conocer a alguien de la Sociedad Filosófica? Podría presentarle a las señoritas”. Yo le dije que no era necesario que se molestase, pues el doctor Moskiewicz lo haría. “De acuerdo. En ese caso pronto conocerá usted a todas”.

Quedé encantada de este primer encuentro y muy agradecida. Me parecía que no había encontrado nunca una persona con una bondad de corazón tan pura. Me resultó de lo más natural el que los allegados y amigos que le conocían de tiempo le profesaran un gran cariño. Tenía ante mí algo completamente distinto. Era como la primera mirada a un mundo totalmente nuevo. A los pocos días recibí una tarjeta con la agradable noticia de que los ejercicios se habían fijado para el lunes de seis a ocho. Por desgracia, justo a esas horas, tenía otra cosa que no me gustaba dejar: el seminario de historia con Max Lehmann. Hube de renunciar a él, aunque muy a disgusto.

Mi primer encuentro con Husserl no fue visitándole en su casa. Había anunciado en el tablero una entrevista preparatoria que tendría lugar en el Seminario de Filosofía. A ella debían ir también los nuevos para ser admitidos. Fue allí, pues, donde vi “estar ante mí a Husserl ‘vivito’”. No había nada llamativo o asombroso en su apariencia externa. Un típico distinguido profesor. De estatura mediana, aire digno, la cabeza noble y amplia. Su pronunciación denunciaba inmediatamente su nacimiento austríaco: era oriundo de Mähren y había estudiado en Viena. También su vivaz amabilidad tenía algo de la antigua Viena. Acababa de cumplir cincuenta y cuatro años.

Después de las advertencias generales, llamó a los nuevos, uno a uno. Cuando yo le dije mi nombre, él añadió: “El Dr. Reinach me ha hablado de

usted. ¿Ha leído usted algo mío?”. “*Las investigaciones lógicas*”. (El primer tomo de las *Investigaciones lógicas* apareció en 1900 e hizo verdaderamente época por la crítica radical contra el psicologismo reinante, así como otros relativismos. El segundo tomo apareció al año siguiente. Superó al primero en tamaño e importancia. Aquí se utilizó por vez primera, para tratar los problemas lógicos, el método que Husserl habría de reelaborar más tarde sistemáticamente como “método fenomenológico” y extender a todos los campos de la filosofía). “¿Todas las *Investigaciones lógicas*?” “El segundo tomo completo”. “¿Incluso el segundo tomo?” “Entonces es usted una heroína”, dijo sonriendo. Así fuí admitida.

Poco antes de comenzar el semestre apareció una nueva obra de Husserl: *Ideas para una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica*. Iba a comentarla en el seminario. Además, Husserl advirtió que quería que todas las semanas fuésemos regularmente a su casa una tarde para poder estar con él y presentarle nuestras dudas y dificultades.

Ni que decir tiene que compré inmediatamente el libro. (Es el primer volumen del *Jahrbuch für Philosophie und phänomenologische Forschung*. Este *Jahrbuch* editaría, reunidos, todos los trabajos de los fenomenólogos). En la primera “tarde abierta” fuí yo la primera que me presenté en casa de Husserl con mis problemas. Enseguida llegaron otros. A todos les inquietaba la misma cuestión. Las *Investigaciones lógicas* habían impresionado, sobre todo porque eran un abandono radical del idealismo crítico kantiano y del idealismo de cuño neokantiano. Se consideraba la obra como una “nueva escolástica”, debido a que, apartándose la mirada filosófica del sujeto, se dirigía ahora al objeto: el conocimiento parecía ser de nuevo un “recibir” que tenía su estatuto regulador en la cosa y no —como en el criticismo— en el que el conocimiento es un “determinar” cuya ley connota a la cosa. Todos los jóvenes fenomenólogos eran decididos realistas.

Las *Ideen* contenían, sin embargo, algunas expresiones que sonaban como si el maestro se volviese al idealismo. Lo que él nos decía verbalmente como aclaración no podía disipar nuestras dudas. Esto era el comienzo de aquella evolución que habría de llevar, cada vez más, a Husserl hacia lo que él llamaría “idealismo trascendental” (que no corresponde al idealismo trascendental de la escuela kantiana) y ver en él el núcleo de su filosofía. Husserl empleó todas sus energías para fundamentar un camino que sus antiguos alumnos de Göttingen no podían seguir, para dolor de maestro y discípulos.

Husserl tenía una casa propia en Hohe Weg, también al extremo de la ciudad, situada en la subida hacia el “Rohn”. (El “Rohn” tenía un gran papel en sus diálogos filosóficos. Servía muchas veces de ejemplo cuando Husserl hablaba de la percepción de las cosas). La casa había sido construida según las directrices de su esposa con vistas a las necesidades familiares.

El cuarto de trabajo del maestro estaba en el piso superior. Tenía un pequeño balcón al que salía para “meditar”. El mueble más importante era un viejo sofá de cuero. Lo había adquirido en Halle cuando era Privatdozent, al recibir una gratificación. Yo acostumbraba a sentarme en una esquina del sofá. Más tarde, en Freiburg, mantuvimos nuestras discusiones sobre el idealismo de una esquina a otra de este sofá. Los discípulos, cuando hablaban entre sí, no le llamaban más que “el maestro”. Lo sabía y no le molestaba. A su esposa le llamábamos, por su poético nombre: Malwine. Era pequeña y delgada. Sus brillantes cabellos negros los llevaba lisos con raya. Tenía unos ojos oscuros que miraban con viveza y curiosidad como en constante asombro ante el mundo. Su timbre de voz era agudo y algo duro, como si quisiera arremeter, pero entreverado de humor se suavizaba.

Siempre se estaba con ella con una cierta preocupación de lo que podría ocurrir. Muchas veces decía cosas que sumían en perplejidad. A la gente que no podía sufrir la trataba muy mal. Pero también tenía sus grandes simpatías. Yo, personalmente, no he recibido de ella sino atenciones. No sé el motivo. En años posteriores se podía haber atribuido a los valiosos servicios que presté a su marido. Pero su simpatía la gocé cuando yo era una joven e insignificante estudiante. Cuando estaba hablando con su esposo entraba muchas veces diciendo que quería saludarme. (Los mejores diálogos se cortaban así al momento).

Malwine asistía regularmente a las clases de Husserl, y me ha confesado más tarde, ocasionalmente, que solía entretenerse contando el número de oyentes, cosa que todos nosotros sabíamos hacía mucho tiempo. No tenía una relación íntima con la Filosofía. La consideraba como la desgracia de su vida debido a que Husserl tuvo que vivir doce años como Privatdozent en Halle hasta que fue contratado como profesor. Y en Göttingen no estaba como Ordinario, sino en una situación particular que había creado para él el ministro de Enseñanza Althoff, hombre de gran energía y visión, aunque un poco orgulloso. La situación de Husserl en la Facultad era penosa.

Estas experiencias impulsaron a la señora Malwine a alejar a sus hijos de la Filosofía. Elli, la mayor, era de mi edad. Estudiaba Historia del Arte. Externamente se parecía mucho a su madre, pero tenía un natural algo más blando y tierno. Gerhart estudiaba Derecho y, posteriormente, no se mantuvo apartado de la Filosofía. Wolfgang estaba entonces aún en el gimnasio. Tenía una extraordinaria capacidad para los idiomas y quería seguir la carrera de Lenguas. El más joven era el preferido de su madre. Cuando hablaba de él, después de su temprana muerte —cayó a los 17 años como voluntario en Flandes—, se podía pulsar su corazón. Un día me dijo que el porvenir de Wolfgang nunca le había causado preocupación. Ella había sabido siempre dónde y en qué posición se habría colocado su hijo para hacer la felicidad de los que le hubieran rodeado.

Ambos esposos eran judíos de nacimiento, pero pronto se habían hecho protestantes. Los hijos fueron educados en el protestantismo. Se cuenta —no puedo dar fe de la veracidad de ello— que Gerhart, a la edad de seis años, iba a la escuela con Franz Hilbert, el único hijo del gran matemático. Un día preguntó a su pequeño camarada qué es lo que era (a qué confesión pertenecía), Franz no lo sabía. “Si tú no lo sabes es que seguro eres judío”. La conclusión no era exacta, pero significativa. Más tarde, Gerhart solía hablar abiertamente de su origen judío.

En aquel semestre de verano las clases de Husserl versaron sobre “Naturaleza y Espíritu”. Investigaciones para la fundamentación de las ciencias naturales y las del espíritu. Este tema lo habría de tratar en el segundo tomo de las *Ideen*, que todavía no había aparecido. El maestro había hecho un esbozo en el primer tomo, pero había dejado su elaboración sin darla a la imprenta por estar ocupado en la nueva edición de las *Investigaciones lógicas*. Esto era un trabajo apremiante porque la obra estaba agotada hacía años y constantemente se pedía.

Al poco de encontrarse en Göttingen Moskiewicz tuvo lugar la primera sesión del semestre de la “Sociedad filosófica”. La constituía el círculo de los verdaderos discípulos de Husserl, que una vez a la semana se reunían por la noche para tratar determinadas cuestiones. Rose y yo no sospechábamos lo audaz que era por nuestra parte el encontrarnos tan pronto en medio de aquellos elegidos. Como Mos consideró lógico el que participásemos, nosotras también lo estimamos así. De otro modo podían pasar semestres enteros antes de que se tuviesen noticias de esta institución, y caso de ingresar, durante meses no se habría hecho otra cosa sino callar respetuosamente antes de atreverse a abrir la boca. Sin embargo, yo hablé enseguida.

Como Moskiewicz era con mucho el de más edad, le correspondió la presidencia para aquel semestre. Pero en el grupo difícilmente habría otro que se sintiese realmente tan inseguro como él. En las sesiones se podía percibir lo desgraciado que se sentía en su papel. Presidía la mesa, pero pronto se le escapaba la dirección del diálogo. Nuestro punto de reunión era la casa del señor von Heister. Era un joven propietario al que le gustaba vivir en Göttingen, oír clases de filosofía y tratar personalmente con los filósofos. Le agradaba que nos reuniésemos en su casa y no le molestaba el que sus intervenciones en el diálogo se desechasen la mayoría de las veces como sin importancia. Nos era mucho más simpática que él su encantadora y rubia esposa. Era hija del pintor de Düsseldorf Achenbach. La casa estaba adornada con muchos cuadros del padre. Cuando llegábamos —y esto era muy frecuente, dado el típico tiempo lluvioso de Göttingen— con nuestros abrigos y zapatos de agua, nos ayudaba a quitárnoslos un criado que lo hacía con silenciosa amabilidad. Pero era de notar el hecho de que ante los invitados llamativos sacudía maliciosamente la cabeza. Cuando después de la sesión nos servía té o vino —a elección— en el comedor feudal tenía que soportar espectáculos insólitos. Nunca olvidaré una

vez en la que Hans Lipps, en medio de la acalorada discusión, sacudía la ceniza de su cigarro en la azucarera de plata, hasta que nuestra risa le llevó a la realidad.

De los fundadores de la "Asociación filosófica" no estaban todos allí. Reinach no volvió desde que era Dozent y se casó. Conrad y Hedwig Martius vivían desde su matrimonio, alternativamente, en München y Bergzabern (Pfalz). Dietrich von Hildebrand se había ido a München. Alexandre Koyré, a París. Johannes Hering, que iba a hacer en el próximo verano su examen de Estado, había vuelto a su patria, Strasburg, para poder trabajar sin estorbos. Aún quedaban algunos que durante varios semestres habían trabajado con estos ilustres corifeos y podían transmitirnos la tradición a los nuevos.

Desempeñaba un papel directivo Rudolf Clemens. Era lingüista. Su barba de color rubio oscuro y sus corbatas, su voz débil y sus ojos, a la vez afectuosos y pícaros, recordaban los tiempos del romanticismo. Su tono era amable, pero su amabilidad era tal que no inspiraba confianza completa.

Fritz Frankfurther procedía de Breslau y estudiaba matemáticas. A sus oscuros ojos se asomaba una ingenuidad, franqueza y bondad infantil. La clara alegría que nos era característica por el filosofar era en él especialmente atrayente. En una ocasión me contaba algo del curso de Husserl sobre Kant que yo todavía no había oído. Se interrumpió a sí mismo de repente y dijo: "No, lo que ahora viene es demasiado bello para destriparlo anticipándolo. Esto lo tiene usted que oír directamente".

De todos, el que mayor impresión me produjo fue Hans Lipps. Tenía entonces 23 años, pero parecía mucho más joven aún. Era muy alto, esbelto, pero fuerte. Su hermoso y expresivo rostro era fresco como el de un niño y sus grandes ojos redondos eran —interrogadores como los de un niño— serios. Exponía ordinariamente su opinión en una frase breve, pero muy precisa. Si se le pedían más explicaciones, decía que no se podía añadir más porque la cosa era evidente por sí misma. Con esto nos teníamos que dar por satisfechos y todos estábamos convencidos de la autenticidad y profundidad de sus opiniones, aunque no fuéramos capaces de comprobarlas. Cuando le era difícil expresarse con palabras, hablaban tanto más elocuentemente sus ojos y sus vivaces gestos arbitrarios. No le era posible asistir durante aquel semestre regularmente a las reuniones vespertinas debido a que entonces estaba ocupado con la preparación del examen básico de Medicina y su trabajo de Doctorado en Filosofía, consistente en un estudio sobre la fisiología de las plantas. El estudio de la Medicina y de las Ciencias Naturales lo realizaba para llenar las horas en las que no se podía filosofar. Había dejado algunas otras cosas. Había comenzado arquitecto y artes industriales, pero esto no le podía llenar. Más adelante siempre anduvo inclinado en este sentido, pues su naturaleza estaba muy marcada por la tendencia artística. Durante su servicio militar, que cumplió en Dresde, en el Regimiento de Dragones, conoció las *Investi-*

gaciones lógicas y esto significó para él el comienzo de una nueva vida. Por ello vino a Göttingen. Era el único que tenía un trato asiduo con el pobre Mos y que le apreciaba cordialmente. Los demás se burlaban a su espalda de su inseguridad y de sus eternas preguntas insolubles.

En todos los hasta aquí nombrados, la filosofía era el elemento esencial de la vida aun cuando estudiasen otra cosa además. También había otros a los que les sucedía lo contrario, es decir, que tenían otra especialidad como fundamental, pero fecundada por la fenomenología. A estos pertenecerían los germanistas Friedrich Neumann y Günther Müller, que llegaron relativamente pronto ambos a ser titulares de su especialidad.

También había dos señoritas que pertenecían a la Sociedad desde hacía una serie de semestres: Grete Ortmann y Erika Gothe. Eran bastante mayores que yo. Ambas tenían experiencia como maestras antes de haberse decidido a ir a la Universidad. Eran del Mecklenburg: la señorita Gothe, de Schwerin; la señorita Ortmann, de una granja. Esta era una personilla pequeña e insignificante, pero que pisaba tan fuerte que la mayoría de las veces su abrigo iba salpicado hasta arriba con el típico barrillo de las calles de Göttingen. Igualmente su forma de hablar era enfática, pero el contenido, que sonaba a pregón solemne, se me hacía muy trivial. Por lo general no hablaba mucho, sino que tanto en el Seminario como en la "Sociedad filosófica" escuchaba con una expresión de ferviente devoción reflejada en sus grandes ojos azules. En ella esto se me hacía raro. Por el contrario, en Erika Gothe me atraía su actitud de silencio reverencial.

La señorita Ortmann manifestó inmediatamente que yo le era muy antipática. Ella misma me contó en un momento de confidencia que Reinach le había reprochado muy en serio el que tuviese una actitud tan poco amable con la señorita Stein, que era tan correcta. Para fundamentar su actitud le dijo a Reinach: "Ella habla con sencillez y las cosas son muy complicadas". Esto se refería a mi exposición de las sesiones. Mos me había encargado ya en la primera sesión que llevase la dirección en la tarea de confeccionar el protocolo, cosa que acepté sin reparos. Nadie se sintió molesto con lo que yo hacía. Eran muy amables conmigo y valoraban mis observaciones en el diálogo.

El resultado de la actitud de la señorita Ortmann fue que no tuvo ningún contacto personal con el grupo. Ella y Erika Gothe parecían inseparables. Debían haber intentado el atraerme. En aquel semestre yo no lo eché de menos porque mi necesidad de relaciones humanas estaba ampliamente cubierta con los conocidos de Breslau. Sólo mucho después me di cuenta de lo que sucedía fuera de la "Sociedad filosófica" y de la Universidad, pero entonces no advertí que estaba desconectada.

Además de Rose y de mí, había también otros miembros recién llegados a la Sociedad. Betty Heymann era una judía de Hamburg. Era pequeña y no

desarrollada normalmente. Su fino rostro algo desfigurado por unos enormes dientes. Sus ojos extraordinariamente inteligentes y claros. Era alumna de Georg Simmel y pensaba doctorarse con él. Había venido, en principio, sólo por un semestre con objeto de conocer a Husserl.

Fritz Kaufmann tenía también un pasado filosófico del que se sentía orgulloso. Venía del Marburgo de Natorp y había asimilado tanto neo-kantismo que tenía muchas dificultades para adaptarse al método fenomenológico. Era el hijo mayor de una familia judía muy acomodada de comerciantes de Leipzig. Como tenía otros dos hermanos más jóvenes que se habían encargado del negocio paterno, pudo él consagrarse por entero a la filosofía y permitirse el lujo de una carrera universitaria. Era el único entre nosotros que no tenía que preocuparse por su manutención durante los estudios. En este nuestro ambiente, en donde se daba poca importancia a las cosas externas, llamaba poderosamente la atención su manera de vestir. Todos se regocijaron interiormente cuando un día un americano que estaba sentado al lado de Kaufmann sacudió enérgicamente su pluma estilográfica causando en su vecino una gran alarma por su traje gris claro en peligro. El lenguaje que usaba era un alto-alemán purísimo sin el menor dejo de Sajonia, en contraste con Lipps, que, para su desesperación, nada más abrir la boca se delataba como sajón. (No quería reconocer que lo era, sino que, por el contrario, afirmaba energéticamente que era prusiano, ya que había heredado de su padre la nacionalidad prusiana).

El día que tuvimos la reunión preliminar con Husserl, Rose y yo fuimos por la tarde, por primera vez, a la torre de Bismarck. Cuando estábamos afanadas en hacer ramitos de violetas nos alcanzó Kaufmann. Nos reconoció por el encuentro de la mañana y nos saludó amistosamente. Nos dijo: "Allí hay muchas violetas". Así se inició nuestra primera conversación. Me quedé asombrada cuando, incidentalmente, nos contó cómo Reinach, en la primera visita que le había hecho, "casi le había echado" y se había negado rotundamente a admitirle a los ejercicios. Hasta entonces no me había podido imaginar que la bondad con que me había recibido pudiera ser distinción personal. Cuando luego asistí a los ejercicios de Reinach encontré la explicación. Reinach rechazaba con amabilidad y cortesía, pero enérgicamente, toda petulancia. Kaufmann quizá se presentase con cierta autosuficiencia. Y es que él se hacía daño ante casi todos por esa actitud y por un cierto amaneramiento en el hablar. Yo pude apreciar muy pronto que esto no era más que la superficie. Me propuse gastarle unas cuantas buenas bromas sin tener en cuenta su categoría distinguida. Y él me miraba en esos casos muy admirado, como ante algo insólito, pero que le caía bien. Se fue descongelando poco a poco y sus aires se hicieron sencillos y cordiales.

En el seminario de Husserl había también algunos que trabajaban personalmente con él, pero que no frecuentaban la "Sociedad filosófica". Al poco de comenzar el semestre fui invitada a casa de los Courant una noche. Richard

me dijo: “Yendo al seminario de Husserl conocerás, seguro, a Bell”. Era un canadiense. Aunque yo había ya conocido a algún americano o inglés, no sabía a quién se refería. “Es el estudiante más simpático de Göttingen. Lo descubrirás enseguida”.

Poco después vi en la rampa que hay delante del auditorio a un estudiante con un traje sport y sin sombrero. Parecía estar buscando a alguien con la mirada y tenía algo atractivamente libre e independiente en su porte. “Este es Bell”, pensé yo. Y lo era. No alternaba mucho con los otros fenomenólogos. En Göttingen los americanos y los ingleses formaban una colonia independiente y estaban muy unidos. Además, Bell tenía otras amistades que no tenían nada que ver con sus estudios. A ellas pertenecía mi primo. Por él me enteré de la prehistoria de Bell.

Originariamente era ingeniero, pero en sus viajes por el Océano Glacial-Ártico —su patria era Halifax— había comenzado a filosofar. Vino primero a estudiar a Inglaterra y luego a Alemania. Me contó en una ocasión él mismo que le había llamado la atención un comentario de Moritz Schlick sobre las *Investigaciones lógicas* y que esto le había llevado a Göttingen. Ahora llevaba ya tres años aquí y hacía con Husserl un trabajo de doctorado sobre el filósofo americano Royce. Tenía 31 años, pero parecía mucho más joven.

En aquel semestre de verano elegimos como tema de diálogo en la “Sociedad filosófica” la segunda gran obra que había publicado el Anuario. Es un libro que quizá haya influido aún más en la vida del espíritu de los últimos diez años que las *Ideen* de Husserl. Se trataba de el *Formalismo en la Ética y Ética material de los valores*, de Scheler.

Los jóvenes fenomenólogos estaban muy influidos por Scheler. Algunos —como Hildebrand y Clemens— dependían más de él que del propio Husserl. Scheler se encontraba entonces en una situación personal muy desagradable. Su primera mujer, de la que se había divorciado, le había metido en un proceso escandaloso en München. Todo lo que salió a relucir produjo el que la Universidad le privase de la “*venia legendi*”. Así se quedó privado de poder enseñar. Además no podía contar con ingresos fijos y vivía de su pluma, la mayor parte del tiempo en Berlín, con su segunda mujer (Märit Furtwängler) en una habitación de pensión modesta y haciendo frecuentes viajes.

La “Sociedad filosófica” le invitaba cada semestre por un par de semanas a dar unas conferencias en Göttingen. No podía hablar en la Universidad ni nosotros anunciar en el tablero sus conferencias, sino sólo comunicarlo de palabra. Teníamos que reunirnos en algún hotel o café. También al final de aquel semestre vino Scheler. En principio se habían proyectado solamente algunas noches a la semana para las conferencias, pero no supo Scheler repartir bien el tiempo y al final quedaba tanta materia que hubimos de ir

diariamente. Cuando terminaba la parte oficial de la conferencia, él se quedaba con un pequeño grupo durante horas en el café.

Yo no tomé parte en estas reuniones nocturnas más que una o dos veces. Aunque estuve alejada de aquellas reuniones pude captar muchas alusiones y hubo algo que me molestó: el tono con que hablaba de Husserl. Scheler era, naturalmente, contrario a la vuelta al idealismo y se expresaba casi con altivez. Algunos jóvenes se permitían usar un tono irónico y esto me indignaba, considerándolo como una falta de respeto y como desagrado.

Las relaciones entre Husserl y Scheler no eran del todo claras. Scheler no perdía ocasión para afirmar que él no era discípulo de Husserl, sino que había encontrado independientemente el método fenomenológico. En todo caso no había oído sus clases como alumno, pero Husserl estaba convencido de su dependencia. Se conocían hacía muchos años. Cuando Husserl era Privatdozent en Halle, Scheler vivía en la cercana Jena. Se encontraban con frecuencia y mantuvieron un fecundo intercambio de ideas. De lo fácil que le era a Scheler apropiarse de sugerencias de otros lo sabe todo aquel que lo haya conocido o, al menos, quien haya leído atentamente sus escritos. Y es que le llegaban las ideas y en él se desarrollaban progresivamente, sin que ni él mismo se diese cuenta de la influencia que había recibido. Así podía decir con buena conciencia que eran de su propiedad.

Esta cuestión del prurito de prioridad constituyó para Husserl una seria preocupación con respecto a sus alumnos. Se esforzaba denodadamente por educarnos en la más estricta objetividad y solidez, en "el radical decoro intelectual". En cambio, el estilo de Scheler, el de divulgar geniales sugerencias, sin seguirlas sistemáticamente, tenía algo de deslumbrante y seductor. A ello contribuía el que hablaba de cuestiones vitales inmediatas que a todo el mundo tocan personalmente mucho y que entusiasman especialmente a los jóvenes. No sucedía así con Husserl, que trataba de temas sobrios y abstractos. Pero a pesar de estas tensiones hubo en aquel entonces, en Göttingen, una amistosa relación entre los dos.

La primera impresión que Scheler producía era fascinante. Nunca se me ha vuelto a presentar en una persona el puro "fenómeno de la genialidad". Desde sus grandes ojos azules trasparecía el brillo de un mundo superior. Su rostro era de corte bello y noble, pero la vida había dejado en él huellas funestas. Betty Heymann decía que le recordaba el retrato de Dorian Grey: aquel misterioso cuadro en el que la vida desordenada del original trazaba sus líneas deformantes, mientras la persona conservaba su íntegra belleza juvenil.

Scheler hablaba muy incisivamente, hasta con dramática viveza. Le eran especialmente gratas palabras como "la pura verdad" (pure Wahrheit), y las pronunciaba con devoción y ternura. Cuando polemizaba con un adversario adoptaba un tono despectivo. En aquellas conferencias trató las cuestiones

que constituyen el tema de su libro que acababa de aparecer y cuyo título es: *Zur Phänomenologie und Theorie der Sympathiegefühle* ("Esencia y formas de la simpatía", en español). Para mí fueron muy importantes de manera especial, pues precisamente entonces empezaba yo a preocuparme con el problema de la "Einfühlung" (endopatía o comprensión desde dentro).

En la vida práctica Scheler era menesteroso como un niño. Una vez le vi en el guardarropa de un café perplejo ante una fila de sombreros. No sabía cuál era el suyo. "¿Verdad que necesita usted ahora a su esposa?", le dije sonriendo. El asintió con la cabeza. Viéndole así no se le podía tener mala voluntad, aun cuando él hacía cosas que en otras personas se condenarían. Incluso las víctimas de sus extravíos solían abogar por él.

Tanto para mí como para otros muchos la influencia de Scheler fue algo que rebasaba los límites del campo estricto de la filosofía. Yo no sé en qué año volvió a la Iglesia Católica. No debió ser mucho más tarde de por aquel entonces. En todo caso era la época en que se hallaba saturado de ideas católicas y hacía propaganda de ellas con toda brillantez de su espíritu y la fuerza de su palabra.

Este fue mi primer contacto con este mundo hasta entonces para mí completamente desconocido. No me condujo todavía a la fe. Pero me abrió a una esfera de "fenómenos" ante los cuales ya nunca podía pasar ciega. No en vano nos habían inculcado que debíamos tener todas las cosas ante los ojos sin prejuicios y despojarnos de toda "anteojera". Las limitaciones de los prejuicios racionalistas en los que me había educado, sin saberlo, cayeron, y el mundo de la fe apareció súbitamente ante mí. Personas con las que trataba diariamente y a las que admiraba, vivían en él. Tenían que ser, por lo menos, dignos de ser considerados en serio. Por el momento no pasé a una dedicación sistemática sobre las cuestiones de la fe. Estaba demasiado saturada de otras cosas para hacerlo. Me conformé con recoger sin resistencia las incitaciones de mi entorno y casi sin notarlo fui transformada poco a poco.

Además de los fenomenólogos también oí explicaciones de Leonard Nelson. Todavía era joven. Apenas habría pasado la treintena, pero ya era famoso en toda Alemania, o mejor dicho, temido, a causa de su libro sobre el *llamado problema del conocimiento*, en el que había "matado" con gran agudeza de ingenio, uno tras otro, a todos los representantes más destacados de la nueva teoría del conocimiento, denunciando sus contradicciones formales.

En su curso —asistía a uno que versaba sobre *La crítica de la razón práctica*— no era modelo de suavidad. El usaba dos gráficos esquemáticos para la demostración de las contradicciones típicas. Casi en todas las clases los dibujaba en la pizarra para aplicarlos a nuevos adversarios, y los alumnos llamaban a aquellos dibujos "la guillotina". El único que se salvaba de aquella matanza era el discípulo de Kant, Fries, que daba nombre a la propia filosofía

de Nelson. Su ética culminaba con la deducción de un imperativo categórico algo cambiado. En general, la exposición no era otra cosa que deducción sin quiebra alguna de tesis presupuestas. Era difícil evadirse de las conclusiones finales, pero precisamente por esto yo tenía la impresión de que el fallo estaba en las premisas. Lo peligroso estaba en que todo lo que deducía teóricamente lo llevaba irremisiblemente a la práctica y lo mismo exigía a sus alumnos. Se rodeó de un grupo de jóvenes pertenecientes a movimientos juveniles que se dejaron llevar por él y que conformaban su vida según sus consignas. Richard Courant, que había estado temporalmente bajo su fuerte influjo, solía decir: "Igual que el enjambre estudiantil va tras el aperitivo, así van los 'insurrectos' al curso de Nelson". Era, por naturaleza, un dirigente. La firmeza de su carácter, la inflexibilidad de su voluntad, la serena pasión de su idealismo moral le daban poder sobre los demás. Externamente era poco seductor. Era alto y ancho de hombros, su andar pausado, sus párpados caían pesadamente sobre sus ojos medio azules, y también su voz era pesada y algo cansada, a pesar de la decisión y del vigor con que se expresaba. Su rostro era feo, pero atrayente. Lo más bello en él eran sus cabellos espesos, rubios y rizados. Hablaba sobria y secamente. Hacía un esquema de su pensamiento en la pizarra. Tanto por la escritura como por el dibujo de los esquemas se veía que tenía mano de pintor.

Pocas personas había a las que honrase con su trato si es que no suscribían incondicionalmente su filosofía y su modo de vivir. A estas pocas excepciones pertenecía Rosa Heim, una judía rusa que estudiaba en Göttingen desde hacía ya algunos años Psicología. Yo la había conocido en el Instituto Psicológico, y un día en que íbamos juntas por la calle nos encontramos con Nelson. Ella le saludó, me presentó a él y le dijo que teníamos que hablar los dos. A continuación se despidió y dejó que continuásemos solos andando. Nelson me conocía de vista de su curso y tenía deseos de saber lo que yo opinaba del mismo, pues sabía que yo era alumna de Husserl y no era frecuente que alguien de esta procedencia fuese a sus cursos. El mismo no conocía directamente muy bien los escritos de Husserl y confesaba que costaba mucho tiempo el familiarizarse con una terminología tan difícil.

Yo le pregunté si no había tenido un cambio de impresiones con Reinach. Era mucho más fácil. "Reinach es más claro, pero a costa de ser menos profundo", respondió en redondo. Con esto se terminó nuestro diálogo, pues habíamos llegado frente a la editorial Vandenhoeck y Rupprecht, que era a donde él iba. Pasaron años antes de coincidir otra vez con él.

En el Instituto de Psicología seguí algunas lecciones de "Psicofísica de la sensibilidad ocular" con Georg Elías Müller, un veterano del antiguo método estricto naturalístico. Tenía una exactitud que me atraía y me daba más confianza que lo que yo había visto en Stern. Pero no pasaba de ser un placer por la física teórica o la matemática. Eran disciplinas que aprendía con gusto, pero en las que no encontraba personalmente nada que hacer. Müller era un furibundo enemigo de la fenomenología porque para él no había otra cosa que

ciencias experimentales. Husserl, por el contrario, nos recomendaba que fuéramos a oírle porque consideraba valioso el que conociésemos los métodos de las ciencias positivas.

David Katz, que trabajaba con Müller como Privatdozent en el Instituto, se había ocupado durante sus estudios de la fenomenología y subrayaba en sus clases que había sacado buen fruto de ello. Por Moskiewicz y Rosa Heim (con quien él se casó más tarde) le conocía personalmente. El trabajo en el Instituto era muy singular. Müller tenía una serie de alumnos que querían doctorarse con él, aunque la cosa no era fácil. Frecuentemente pasaban meses antes de tener reunidos los métodos de investigación y los aparatos necesarios. Ninguno decía al compañero qué clase de trabajo estaba haciendo. En los distintos cuartos de trabajo del vetusto edificio de la Paulinerstrasse, el más profundo misterio rodeaba lo que se hacía con aquellos instrumentos. Durante algún tiempo yo fui el objeto de las investigaciones de un psicólogo danés. Me sentaba en un cuarto oscuro delante de un taquíscopo y veía desfilar una serie de figuras diferentes de color verde que brillaban tan sólo por unos momentos y luego tenía que decir lo que había visto. Yo comprendí que se trataba del reconocimiento de las figuras, pero una explicación más detallada no me dieron.

Nosotros, los fenomenólogos, nos reíamos de todo este secreto y nos sentíamos satisfechos de nuestro libre intercambio de ideas. No teníamos ningún miedo a que uno pudiera atrapar las conclusiones de otro.

Junto con la filosofía, lo más importante para mí era el trabajo con Max Lehmann. Ya había estudiado a fondo en Breslau su extensa obra "El barón de Stein" y me alegré de conocer al autor personalmente. Asistí a su curso general sobre la época del Absolutismo y la Ilustración y a un cursillo de una hora semanal sobre Bismarck. Me gustaba su manera de pensar, de dimensiones europeas, heredada de su gran maestro Ranke, y me sentía orgullosa de ser una discípula-nieta del gran historiador. Aunque, ciertamente, no podía estar de acuerdo con todas sus ideas. Como viejo hannoveriano, su mentalidad era fuertemente antiprusiana. Su ideal era el liberalismo inglés. Esto se hizo patente, como era de esperar, de manera especial en su lección sobre Bismarck. Dada mi tendencia a oponerme a toda parcialidad que me inducía a hacer justicia a la parte contraria, con este motivo fui aquí más consciente que en mi ambiente familiar de las notas positivas del prusianismo y mi simpatía por él aumentó.

Ya he mencionado que renuncié a los ejercicios de Reinach para asistir al seminario de Lehmann, que coincidían en la hora. Casi me arrepentí de ello cuando me di cuenta de la exigencia de dedicación que esto representaba, pues no había sido mi intención el dedicar tanto tiempo al estudio de la historia en Göttingen. El tema del trabajo de todo aquel semestre fue la comparación de la Constitución de 1849. Los libros más importantes para el estudio de este punto

se habían reunido en un pequeño cuarto de trabajo al lado del aula, para que pudiéramos consultarlos. Pasé muchas horas en aquella habitación. La sorpresa más desagradable fue que todo nuevo participante tenía que hacer un extenso trabajo por escrito. Los temas se distribuyeron en la primera clase y cada tema lo habían de hacer dos estudiantes, a ser posible un estudiante y una estudiante; también se fijó el plazo para la entrega. Los trabajos habrían de ser discutidos en la segunda parte del semestre. A tal efecto, las dos víctimas habrían de colocarse en la mesa de forma de herradura, frente a Lehmann, y hacer la exposición y responder a las objeciones. Esto era para él la gran ocasión para conocer a cada uno a fondo y personalmente.

La vista de Lehmann era bastante débil y no nos podía ver si nos sentábamos lejos. Al principio de cada semestre numeraba las sillas y hacía poner el nombre a cada uno en su sitio. Así nos conocía en función de nuestro puesto y no podíamos cambiarnos.

Mi tema versaba sobre la realización del programa del partido en el proyecto de la Constitución de 1849. A mi compañero y a mí nos había tocado el turno de exposición para finales de semestre. Antes no nos habíamos tratado, pero agobiados por el mismo peso me acompañaba algunas veces a mi casa, para en el camino hablar de nuestras comunes preocupaciones. Era inteligente y aplicado. Yo le creía capaz de hacer bien el trabajo.

Nuestra tarea era ardua. Necesitábamos enterarnos bien de la intervención de los partidos en la reunión nacional de Frankfurt y procurarse los programas. No todos ellos eran accesibles, aunque la mayoría estaban editados en una colección manual. Uno de ellos lo encontré tras largas pesquisas en un tomo de periódicos encuadernados del año 1848 de la biblioteca de Heidelberg. Recogido el material, comenzó la tarea de comparación. Todo el semestre estuve bajo la presión de esta carga. Por fin, llegó la sesión, en la que Lehmann no nos perdió de vista.

Siempre estaba muy amable en estas sesiones y se mostró con nosotros muy contento sobre el desarrollo del diálogo. De todos modos surgió una dificultad una tanto tragicómica. No había podido descifrar del todo mi trabajo porque la tinta que yo había empleado era demasiado tenue para su débil vista. Una compañera mayor (estudiaba ahora siendo maestra) me dió el acertado consejo de ir a ver a Lehmann y preguntarle si debía hacer pasar a máquina mi trabajo. Con esta intención hice el camino que conducía a Bürgerstrasse, donde él vivía en una casa de su propiedad. Era una vieja casa rodeada de jardín.

Me condujeron hasta el piso superior. Ya la antesala de su estudio estaba llena de libros hasta el techo. Lehmann me recibió afablemente. Me dijo que no era necesario pasar a máquina el trabajo. El se había dado cuenta exacta de todo a través del diálogo y se daba por satisfecho. Sobre todo con las señoritas.

¡Qué sería de su seminario si no hubiera señoritas que trabajasen con tanta aplicación e inteligentemente! Esto me pareció a mí algo exagerado y me sentí obligada a hablar en favor de mis compañeros varones. También había muchachos que trabajaban algo. Se quedó algo sorprendido por aquella respuesta mía, pero concedió: "¡Oh!, sí, algunos ciertamente. Por ejemplo, su compañero de trabajo ha hecho también un buen estudio".

Pero aún había de venir otra sorpresa. Lehmann me dijo que mi trabajo le había complacido tanto que lo quería aceptar como materia para el examen de estado. Debería añadir una pequeña ampliación. Esto no era una excepción extraordinaria. Lehmann acostumbraba a admitir los buenos trabajos del seminario para el examen. Pero yo no sabía nada de esto, pues hasta entonces no me había preocupado en absoluto de lo que se exigía para el examen en Göttingen.

Siempre había considerado el examen de estado como una cosa muy lejana, puesto que mi interés se centraba en el doctorado. Por otra parte, había ido a Göttingen sólo por un semestre y, en todo caso, el examen de estado lo pensaba hacer en Breslau. Pero, en verdad, a medida que se iba acercando el final del semestre tanto más me iba pareciendo imposible la idea de marcharme para no volver más. Aquellos meses que habían transcurrido no eran simplemente un episodio, sino el comienzo de una etapa nueva de mi vida. Y en estas circunstancias me llegó una ayuda desde donde menos lo podía haber imaginado. Un trabajo terminado para el examen de estado no se podía desperdiciar. Esto lo comprenderían también mis gentes de Breslau.

Creo que ya estaba todo el plan forjado al volver de aquella visita afortunada. Ahora lo que tenía que hacer inmediatamente era arreglar mis relaciones con el profesor Stern. Le envié un informe sobre la marcha del semestre. Yo no había hecho nada en relación con mis trabajos de psicología. Por el contrario, me había enfrascado por completo en la fenomenología. Y ahora mi ardiente deseo era el continuar trabajando con Husserl.

Recibí una respuesta muy favorable. Me decía que si realmente mi deseo era el expresado, él, por su parte, no tenía que darme más que un consejo: hacer el doctorado con Husserl. Tampoco encontré resistencia en mis familiares.

Ahora había llegado el momento del paso decisivo: fui a ver a Husserl y le pedí un tema para la tesis doctoral. "¿Está usted ya tan adelantada?", me preguntó sorprendido. Estaba acostumbrado a que se asistiese a sus clases durante años antes de atreverse a comenzar un trabajo personal. De todos modos no consiguió disuadirme. Me presentó con toda claridad las dificultades. Sus exigencias para un trabajo de doctorado eran muchas. Calculaba que necesitaría unos tres años. También me dijo que si yo tenía el proyecto de hacer el examen de estado (licenciatura), entonces me aconsejaba decididamente que lo hiciera antes del doctorado, pues de no hacerlo así me iba a

distraer demasiado de las disciplinas de la licencia, ya que era su firme criterio, precisamente, el especializarse en serio. Por otro lado, no tenía firmeza el dedicarse exclusivamente a la filosofía, pues se necesitaban sólidos fundamentos y estar familiarizado con los métodos de las otras ciencias.

Aquello, ciertamente, deshacía todos mis planes, y me descorazoné un tanto. Pero no me dejé intimidar, sino que quería comenzar por encima de todo. Ante esto, el maestro se mostró algo más complaciente. No tenía nada que oponer a que, si había elegido ya un tema, lo comenzase y trabajase con él. Cuando llevase bastante adelantada la preparación para el examen de estado me indicaría el trabajo de licencia, de manera que a partir de él pudiera hacer el trabajo de doctorado.

Puestas las cosas en estos términos, quedaba ahora por dilucidar sobre qué quería yo trabajar. Pero sobre este punto no tenía la menor perplejidad. En su curso sobre la naturaleza y el espíritu, Husserl había hablado de que un mundo objetivo exterior sólo puede ser experimentado intersubjetivamente, esto es, por una pluralidad de individuos cognoscentes que estuviesen situados en intercambio cognoscitivo. Según esto, se presupone la experiencia de otros. A esta peculiar experiencia, Husserl, siguiendo los trabajos de Theodor Lipps, la llamaba "Einfühlung" (1). Sin embargo, Husserl no había precisado en qué consistía. Esto era una laguna que había que llenar. Yo quería investigar qué era la "Einfühlung".

Esto no le desagradó al maestro: pero todavía habría de tragar yo otra amarga píldora. Me pidió que realizase mi trabajo en confrontación con Theodor Lipps. Y es que él tenía ganas de que sus alumnos estableciesen con claridad en sus trabajos la relación de la fenomenología con las otras corrientes filosóficas significativas de la época. Este punto no le podía él personalmente cultivar mucho. Estaba excesivamente saturado con sus propias ideas para poder dedicar tiempo a la confrontación. La exigencia que nos hacía encontraba en nosotros poco eco.

A este propósito solía decir, sonriente: "Adiestro a mis alumnos en los filósofos sistemáticos, y me maravillo de que luego no les guste hacer trabajos históricos de filosofía". Pero para lo primero era inflexible. Así es que yo tuve que resignarme a comer la amarga manzana, es decir, seguir adelante y estudiar a fondo la larga serie de obras de Theodor Lipps.

Esta entrevista tuvo sus arduas consecuencias. Hubo que hacer de nuevo todo un plan diferente. Sin embargo, pronto estuvo listo. Si es que debía hacer el examen de estado antes que el doctorado, lo que convenía era quitármelo de encima cuanto antes. Ya había hecho cinco semestres. Todavía no podía matricularme para el examen porque eran necesarios por lo menos seis. Yo era del plan antiguo, que no abarcaba tantas materias como ahora, que la mayoría de los estudiantes necesitaban de ocho a diez semestres. Esto no iba conmigo.

1. Endopatía, concepto que Lipps desarrolla mucho y que tiene sus antecedentes en el romanticismo alemán. Por ejemplo, en Novalis. (*N. del T.*)

Así que tomé mi decisión: en el próximo semestre de invierno dejaría terminado el proyecto del trabajo sobre la "Einführung" y tenía, a la vez, que avanzar en la preparación del examen oral, de tal modo que me pudiera matricular al final del semestre para la prueba.

Este fue el resultado de mi primer semestre en Göttingen. A principios de agosto volví a casa de vacaciones. No recuerdo si este viaje lo hice en compañía de Rose. Para ella, la despedida de Göttingen era definitiva. Dejamos nuestra vivienda, porque para mí sola resultaba demasiado cara. En el otoño yo buscaría otro alojamiento.

El semestre de invierno me trajo más exigencias filosóficas que el de verano. Husserl dictaba su gran curso sobre Kant. Pero, sobre todo, mi horario me permitía ahora asistir a las clases de Reinach (Introducción a la Filosofía) y a sus ejercicios para adelantados. En el pasado semestre solamente había ido a su curso algunas veces como oyente cuando tenía esa hora libre. Me encantaba escucharle. Aunque tenía delante un manuscrito, daba la impresión de que apenas lo miraba. Hablaba en un tono vivo y alegre, sencillo, libre, elegante, siendo todo evidentemente claro y concluyente. Daba la impresión de que no le costaba ningún esfuerzo. Cuando, andando el tiempo, pude ver el manuscrito comprobé para asombro mío que todo, desde el principio al fin, estaba literalmente elaborado y al fin de la última clase de un semestre acostumbraba a escribir: "Terminado, ¡gracias a Dios!". Todos aquellos brillantes logros eran el resultado de indecibles esfuerzos y apreturas.

Los ejercicios los daba Reinach en su casa. Como inmediatamente antes asistíamos al curso de Husserl, teníamos una caminata de veinte minutos hasta Steingraben. Las horas pasadas en el delicioso cuarto de trabajo de Reinach fueron las más felices de toda mi estancia en Göttingen. Todos estábamos de acuerdo en que era aquí donde aprendíamos más sistemáticamente. Reinach discutía con nosotros los problemas con los que él mismo estaba ocupado en sus investigaciones personales. En aquel semestre de invierno nos tocó el tema del movimiento. No era un enseñar y aprender, sino una búsqueda común, semejante a lo que ocurría en la Sociedad Filosófica, pero llevados por la mano de un director seguro.

Todos teníamos un gran respeto a nuestro joven maestro y nadie se atrevía fácilmente a decir una palabra precipitada. Por mi parte, no me hubiera atrevido a abrir la boca sin ser preguntada. Una vez Reinach dejó caer una pregunta y quiso saber cuál era mi opinión. Después de haber reflexionado con todas mis fuerzas, la expuse tímidamente en pocas palabras. Me miró con extraordinaria amabilidad y dijo: "Eso mismo pienso yo". No me hubiera podido imaginar distinción tan grande.

Pero también esas noches eran para él un martirio. Cuando terminaba las dos horas de reunión, no quería ya ni oír la palabra "movimiento". Se le

hicieron, por parte de nuestro grupo, algunas objeciones que le obligaron finalmente a desistir de sus proyectos originarios. Después de Pascua comenzó de nuevo desde el principio. También pude más tarde comprobar esta ruptura en sus esquemas manuscritos.

Exceptuando la filosofía, reduje hasta el mínimo la asistencia a clases con objeto de poder trabajar en casa lo más posible. Comencé con la preparación sistemática del examen oral. La historia, la literatura alemana y la historia de la filosofía representaban una amplia materia que confiar a la memoria. Se añadía otra dificultad. La Facultad filosófica de Göttingen se había dividido hacía algunos años en sección de ciencias matemático-naturales y sección filosófico-histórica. Los filósofos tuvieron que decidirse por una de ellas. A pesar de su pasado matemático, y para contrariedad de los matemáticos que le habían contratado para Göttingen, Reinach eligió la segunda (la filosófico-histórica), debido a que estaba convencido de que la filosofía tenía más relación interna con las ciencias del espíritu. Pero para doctorarse en la sección filosófica se exigía el bachillerato humanístico. Hedwig Martius, que, al igual que yo, había ido a un Realgymnasium, fue con el trabajo premiado que había hecho con Husserl a doctorarse en München, porque allí no había esta dificultad.

Yo me decidí inmediatamente a hacer un examen complementario de griego, pero lo quería demorar hasta después del examen de estado, para no llevar tantas cosas a la vez. Fue muy penoso para mí, al enterarme por la señora Husserl, que el curso básico de griego se necesitaba tenerlo hecho seis semestres antes de la promoción. Fui inmediatamente al decano de la sección de filología —era entonces el arqueólogo Korte— para informarme de la disposición. El creía que existía una ordenanza semejante, pero no podía saber cómo la interpretaría el decano que viniera después. El personalmente prescindía de ese requisito. Pero para estar más segura podía ir a ver al filólogo Hermann Schultz que daba en Göttingen el curso de griego para principiantes y pedirle que me hiciese un certificado de que sabía griego. Yo refresqué en unas semanas mis conocimientos adquiridos en el primer semestre de Breslau y me dirigí al doctor Schultz. Entonces era todavía un joven Privatdozent y vivía con su madre que ostentaba el insólito título de “Señora Abad”. El en otro tiempo monasterio benedictino de Bursfelde en el Wesser pasó después de la secularización a la Universidad de Göttingen y se confió la administración a un teólogo protestante que fue llamado “Abad”.

Hermann Schultz me recibió amablemente. Cuando le expuse mis deseos me citó para el día siguiente con objeto de hacerme un pequeño examen. Me puse a traducir un texto de Tucídides del que yo no había leído aún nada, pero quedé satisfecha del resultado. Me dijo que le alegraba mucho el que se pudiese conseguir tanto con los cursos de principiantes. El tenía hasta entonces la impresión sobre sus enseñanzas de que prácticamente se esforzaba en

vano. Recibí un simpático certificado que esperaba me sirviese de gran ayuda más tarde.

Mis otros "embotellamientos" me depararon tristes experiencias. Yo tenía la confianza de que con un repaso bastaría. Pero tras unas semanas comprobé con horror que muchas cosas habían desaparecido de mi memoria. ¿Cómo se podría organizar todo aquel tenderete de cosas para que estuviesen presentes en el momento oportuno? Sin embargo, estas preocupaciones eran de poco tomo al lado de los dolores que me reservaba mi trabajo de filosofía.

La filosofía era con mucho la mayor montaña que tenía que escalar aquel invierno. Le dedicaba la mayor parte del día. Mis jornadas eran muy dilatadas. Me levantaba a las seis y trabajaba hasta media noche casi sin interrupción. Como comía casi siempre sola, también podía seguir mis reflexiones durante la comida. Y cuando me iba a la cama dejaba a mano, en la mesilla, papel y lápiz para anotar rápidamente las ideas que se me ocurrían durante la noche. Con frecuencia me incorporaba porque en el sueño se me había ocurrido algo que creía importante. Pero al despertarme del todo y querer comprenderlo no quedaba nada inteligible. También en el camino de la Universidad le iba dando vueltas en la cabeza a mi problema de la "Einfühlung".

Pasaba muchas veces casi todo el día en el Seminario de Filosofía, para estudiar allí las obras de Th. Lipps. Y frecuentemente ni siquiera me movía para ir a comer a mediodía, sino que me llevaba algo de repostería y me lo tomaba en una pequeña pausa del trabajo. Cuando pasaba del tiempo planeado para la filosofía al que había de dedicar a las otras asignaturas, siempre tenía la impresión de que mi cerebro había de dar un giro de 180 grados. Leía libro tras libro, hacía extensos resúmenes y cuanto más material reunía tanto más remolino había en mi cabeza.

Lo que Husserl entendía por "Einfühlung" —sacado de sus aclaraciones verbales— y lo que designaba con este término Lipps no tenían nada que ver. En Lipps era precisamente la idea central de su filosofía, lo que tenía la primacía en su Estética, Ética y Sociología; pero también tenía importancia en su Teoría del Conocimiento, Lógica y Metafísica. Me parecía que una idea que se proyectaba en tan variados planos se refractaba enormemente multicolor y mi esfuerzo atormentado se dirigía a alcanzar una noción unitaria y firme, para poder, desde ella, entender todas sus aplicaciones explanadas. Por vez primera encontré aquí lo que habría de experimentar siempre en mis posteriores trabajos: Los libros no me sirven de nada hasta que yo no me he clarificado la cuestión en una elaboración personal. Esta lucha por la claridad se cumplía ahora en mí a través de grandes sufrimientos y no me dejaba descansar ni de noche ni de día. En aquella época perdí el sueño; lo que ha durado muchos años, hasta que volví a tener noches tranquilas.

Seguía trabajando en una constante desesperación. Por vez primera en mi vida me encontraba ante algo que no podía domeñar con mi fuerza de voluntad. Sin yo saberlo tenía profundamente grabadas en mi interior las máximas de mi madre que solía repetir: "Querer es poder", "Lo que uno se propone, Dios lo ayuda". Frecuentemente me había vanagloriado de que mi cabeza era más dura que las más gruesas paredes, y ahora me sangraba la frente y el inflexible muro no quería ceder.

Esto me llevó tan lejos que la vida me parecía insoportable. Me decía frecuentemente a mí misma que esto era absurdo. Si no terminaba el trabajo de doctorado tenía más que suficiente para el examen de estado. Si no podía llegar a ser una gran filósofa podía ser una pasable profesora. Pero los argumentos racionales no ayudaban nada. Yo no podía ir por las calles sin desear que un coche me atropellara. Si hacía una excursión, tenía la esperanza de despeñarme y no volver con vida.

Nadie podía sospechar lo que estaba pasando dentro de mí. Me sentía feliz en la Sociedad Filosófica y en el Seminario de Reinach durante el trabajo en común. Pero temía el fin de aquellas horas en las que me sentía amparada por tener que reemprender mi lucha en soledad. Algunas veces, a lo largo del semestre, Husserl me pedía cuentas de cómo iba el trabajo. Para ello tenía que ir por la noche a su casa. Sin embargo, estos diálogos no me aliviaban. Una vez que yo había pronunciado un par de palabras él se sentía tan animado que hablaba hasta la fatiga y no podía continuar la entrevista. Yo me iba diciéndome para mis adentros que había aprendido mucho, pero muy poco para mi trabajo. Este era el tono también de sus sesiones en la Universidad.

Hans Lipps se había enterado por Mos de mi tema y me hizo saber que se interesaba mucho por él y que le gustaría oírme. En una ocasión, al terminar el Seminario con Husserl, Mos me invitó a ir con él para ver a Lipps. Me llevó hasta su casa por el camino más corto, esto es, por el Instituto Botánico, que estaba enfrente del Seminario y del Jardín Botánico, hasta "Untereb Karpüle". En el Instituto me susurró: "Si nos encontramos a alguien diremos que vamos a visitar a la señorita Ortmann, pues no está permitido el pasar por aquí". La "Untereb Karpüle" era una angosta calleja torcida. Aquí vivía Lipps, en una casita pequeña de la señora Maass, esposa de un carpintero, poco simpática y que se hacía temer de su marido.

Todo el tiempo que Hering estuvo en Göttingen también había vivido allí. Si no recuerdo mal, también otros antiguos fenomenólogos. Subimos una estrecha escalera empinada y llegamos al "cuarto de trabajo": un estrechísimo rincón con muebles pobrísimo. Lipps tocaba casi con la cabeza en el techo y cuando desde el centro de la habitación extendía sus brazos casi alcanzaba las paredes. Una pequeña puerta conducía al todavía más diminuto cuarto de dormir. Yo me senté en el extremo del sofá, Lipps se puso una bata blanca de médico, llenó su pipa y se sentó en su pequeño y amarillo escritorio plegable,

mirándome expectante con sus ojos grandes y redondos. Ahora no había escape. Tuve que exponer y responder sobre lo que yo pensaba de la "Einführung". No parecía muy complacido y puso sus objeciones. Cuando le dije que Reinach sí estaba de acuerdo exclamó con viveza: "En ese caso tache usted todo lo que le he dicho. Reinach me merece el mayor de los respetos".

Al final del semestre de verano había hablado yo con Reinach, antes de atreverme a proponerle el tema a Huserl y me había animado. La entrevista con Lipps me produjo un efecto desconsolador. En comparación con él me sentía una novata en la fenomenología y la impresión se acentuó debido a que comprendí que había tenido la osadía de emprender algo que sobrepasaba mis fuerzas.

Por aquel entonces solía encontrar a veces a Lipps en compañía de algún conocido suyo a la hora de comer. En aquellos meses no tenía yo restaurante fijo, sino que iba por lo general a cualquiera que me cogía de camino. Cuando se daban cuenta de mi presencia me hacían sentar a su mesa. Luego teníamos un pequeño tiempo de distensión. Una vez Lipps se excusó de no acompañarme hasta la Schillerstrasse. Tenía que irse inmediatamente a casa y dormir un poco. Quería dormir lo más posible para poder trabajar concentradamente el resto del tiempo. Había llegado a dormir catorce horas y esperaba lograr pronto alcanzar las veintiuna. Aquel invierno llevaba la presidencia de la Sociedad Filosófica. Al final del semestre tuvo que hacer los preparativos para las conferencias del invitado Scheller y estaba muy agradecido porque yo le envié a mis conocidos. No quería volver para el semestre del verano, sino irse a Strassburg con Hering. Lo sentí mucho cuando me lo dijo. Pensé que perdería algo si ya no me iba a encontrar por cualquier parte su alta figura y su chaqueta azul marino.

Poco antes de Navidades todo el círculo de estudiantes fuimos invitados a cenar a casa de Reinach. Hasta entonces yo no había ido a visitar a la señora Reinach, como lo hacían las alumnas anteriores. La conocía de verla en las clases de su marido a las que asistía regularmente. Era alta y esbelta y sus movimientos tenían algo de la gracia de un corzo. Especialmente nos encantaba su nada falseado dialecto suave. Una vez que yo iba a ver a Reinach ella caminaba delante de mí. Al llegar a la puerta de su casa se volvió, me saludó afablemente y me dijo: "Seguramente viene a ver a mi marido". Me hizo entrar y ella misma me anunció.

Al cabo de los años me contó algo de lo que yo no me había dado cuenta entonces. Reinach estaba en aquella ocasión esperándola asomado a la ventana. Ella al acercarse le dijo bajito: "Adole" (forma cariñosa de Adolf), "muchachito, corazoncito". El, azorado, le hacía señas porque estaba viendo que yo venía detrás y cuando la señora Reinach subió le reprochó el que le hubiera puesto en ridículo delante de una alumna.

Aquella noche fuimos recibidos en el salón que con sus grandes sillones de terciopelo gris-plata producía un efecto suntuoso pero menos íntimo y acogedor que las otras habitaciones. Para cenar pasamos a la habitación de trabajo de Reinach que era más espaciosa y familiar que el comedor. Se habían dispuesto varias mesitas y en cada una de ellas un pequeño árbol con luces encendidas. Ninguna luz eléctrica perturbaba el cálido resplandor de las velitas. Estábamos admiradas ante el encantador espectáculo cual niños en la Nochebuena. Como entre los invitados solamente había tres damas, la señora Reinach dispuso que se debían sentar cada una en una mesa distinta. Los caballeros se sentarían según su gusto. Ella se sentó en la mesa mayor pues la señora de la casa era, naturalmente, el principal punto de atracción. Allí estaba también lo más entretenido.

En un momento yo cacé al vuelo algo de la conversación. Se hablaba del libro *Kampf um Rom* que seguramente habían devorado con entusiasmo los cuatro tomos. Entonces se oyó la voz de la señora Reinach en toda la habitación: "Den hab'i nie kriegt" ("Esto no lo he cazado yo", dialecto suave).

Yo había elegido la mesa más pequeña en la que no había más que tres sitios. Mis caballeros eran Awkford, un americano rico que también era mi vecino en el curso de Lehmann y el doctor Mense, al que conocía de la Sociedad Filosófica, hombre de aspecto algo melancólico e inseguro del que no volvimos a saber nada después.

Tales reuniones sociales eran para mí entonces como puntos de luz. Me alegraban mucho y vivía de aquello durante algún tiempo. Me daba además materia para mis semanales informes a casa ya que no quería escribirles de mis preocupaciones y sufrimientos.

Moskiewicz era el único que sabía que no estaba contenta en la marcha de mi trabajo, pero sin sospechar los sufrimientos espirituales que esto me producía. El pobre no podía ayudarme, pero unas semanas antes del fin del semestre me dijo: "¿Por qué no va usted a ver a Reinach?". Me insistió largamente hasta que me decidí a seguir su consejo.

El viernes siguiente, después de los ejercicios, en lugar de despedirme, pregunté a Reinach si podía hablar con él un momento a solas. El accedió amablemente, pero tuve que esperar algo, pues había otros que también tenían asuntos personales con él. Pasó con uno de ellos a otra habitación. Al poco me recibió a mí. Le dije que me gustaría hablar con él una vez sobre mi trabajo. "¿Está aún todo tan confuso!", continué muy bajito. "Bien, sobre la no claridad se puede hacer claridad", respondió él. Esto fue como un estimulante tan cordial y alegre que me sentía ya algo consolada. Me citó para una extensa entrevista. No recuerdo bien si para la mañana siguiente.

Cuando llegué con el corazón angustiado tuve la necesidad de sentarme en el sillón más cómodo, frente a la mesa de trabajo. Le informé sobre el material que había reunido y del plan que vagamente tenía para poner orden en aquel caos. Reinach consideraba que había avanzado ya mucho y me insistió en que debía comenzar la redacción. Faltaban todavía tres semanas para terminar el semestre. Entonces debía volver a verle e informarle de lo que había hecho. Esto fue una gran decisión y empecé sin pérdida de tiempo a realizarla. Me costó un esfuerzo espiritual como nada de lo que había hecho hasta aquel momento. Creo que nadie que no haya hecho un trabajo filosófico creador puede hacerse idea de esto.

No recuerdo haber tenido entonces aquel profundo placer que más tarde habría de sentir en los trabajos, cuando tras dolorosos esfuerzos se alcanza la superación. No había logrado todavía ese grado de claridad en que el espíritu puede descansar en una comprensión conquistada, desde la que se abren nuevos caminos y se puede seguir avanzando con seguridad. Marchaba como el que tantea en la niebla.

Lo que redactaba me parecía extravagante y si algún otro me lo hubiese calificado sin sentido le hubiese creído a pies juntillas. Ante una dificultad me quedaba detenida. Apenas necesitaba buscar las palabras. Los pensamientos se formaban como por sí mismos fáciles y seguros para la expresión verbal y quedaban luego firmes y precisos en el papel, de tal modo que el lector no encontraba ni rastro de los dolores de este alumbramiento espiritual. Cada hora que tenía disponible para el trabajo lo pasaba ante mi pequeño escritorio. En el curso de las tres semanas había escrito unos treinta folios.

Entonces fuí a ver a Reinach. Era por la mañana. En su habitación de trabajo todavía estaba puesta la mesa del desayuno. Yo había llevado mi manuscrito e iba a pedir a Reinach que lo conservase y lo leyese todo. Con gran admiración por mi parte me rogó que me quedase porque lo iba a leer inmediatamente. Para entretenerme mientras tanto, me dió la *Fenomenología del espíritu* de Hegel que en aquel momento tenía sobre la mesa. Yo abrí el libro e intenté leer algo, pero me era imposible poner mi atención en aquello. Era demasiado emocionante estar allí sentada mientras mi juez trataba de formar juicio sobre mi obra. Leía celosamente y algunas veces movía la cabeza en señal de aprobación y dejaba oír de cuando en cuando una exclamación de estar de acuerdo. Lo leyó con asombrosa rapidez. "Muy bien, señorita Stein", dijo. ¿Era posible? No tenía nada que objetar y sólo me dijo que no interrumpiera mi trabajo. Me preguntó si no podía quedarme en Göttingen hasta terminarlo. En casa no estaría tan tranquila y libre con toda seguridad. El sabía por experiencia lo que le sucedía cuando iba a Mainz. Tenía que visitar a todas sus tías. Me decidí al momento a seguir su consejo. El tenía el propósito de ir a Mainz a casa de sus padres, pero sólo por unos ocho días. Cuando terminase le podía llevar la segunda parte.

Empezaron las vacaciones y Göttingen quedó vacía. Y yo también me quedé sola en mi rinconcito y ante mi escritorio. Como no tenía clases podía escribir casi sin interrupción. En una semana había terminado. Serían las ocho de la tarde. Comenzó a llover mansamente. Pero ya no podía quedarme más en la habitación. Tenía que salir y asegurarme de cuándo esperaban a Reinach. Cuando iba por Steingraben vino un taxi desde Friedländerweg y siguió calle arriba. Se detuvo ante la casa de Reinach y unos momentos después se encendió la luz de su cuarto de trabajo. Con esto me bastaba. Me di la vuelta y regresé a casa. No podía decir con cuánta alegría y gratitud. Todavía hoy al cabo de más de veinte años percibo en mí la huella de aquel suspiro de alivio.

A la mañana siguiente allí estaba yo y llamé a la puerta. El mismo Reinach me abrió. Estaba completamente solo en casa. Su mujer estaba en Stuttgart para acompañar a su hermana que hacía allí el examen de estado de bachillerato. Pauline era mayor que él. Había decidido estudiar muy tarde y el aprendizaje memorístico le resultaba muy pesado. En la primera prueba fracasó y en la segunda quedó magníficamente.

Llevaría allí muy poco tiempo cuando llamaron otra vez y Reinach tuvo que ir de nuevo a la puerta. Cuando volvió me dijo en tono de niño que tiene que dar un encargo aprendido: "El carnicero. No, no necesitamos nada". Así se lo había dejado dicho Auguste antes de irse al mercado.

Esta vez no estaba yo tan angustiada como en el primer examen ni mucho menos. Reinach estaba muy satisfecho. Le pregunté si el trabajo era suficiente para el examen de estado. "Seguro. Husserl se alegrará mucho, pues no recibe con frecuencia semejantes trabajos". Ahora me podía ir de vacaciones sin preocupaciones. Nos despedimos alegremente hasta abril.

Después de estas dos visitas a Reinach me sentía como renacida. Todo el hastío de vivir desapareció. El salvador de la apretura me parecía como un ángel bueno. Para mí era como si una palabra mágica hubiese trasmutado los monstruosos engendros de mi pobre cabeza en un claro orden conjuntado. Yo no dudaba de la exactitud sincera de su juicio. Tranquila dejé a un lado el trabajo, para emplear todos mis esfuerzos en la preparación del examen oral. Aunque sólo había hecho seis semestres, me encontraba en situación favorable, porque tenía a mi disposición todo el tiempo que normalmente hay que emplear para los dos extensos trabajos. El que yo los tuviera hechos estaba al margen de las condiciones prescritas del examen.

La inscripción oficial para el examen de licenciatura (examen de estado) tenía que ser solicitada en el Consejo Escolar de la Provincia. Había que adjuntar un "curriculum vitae", declaración exacta de los cursos seguidos, certificados de escolaridad, de clases y prácticas y la matrícula. A continuación se reunía la comisión de examen y los miembros habían de determinar los temas. Para cada uno de ellos tres meses de tiempo. Una vez entregados se

fijaba el plazo para la prueba oral. No se podía expresar ningún deseo para la formación del tribunal.

La habilidad consistía en presentar de tal modo el plan seguido de estudios y los trabajos especiales que realmente nadie más que los profesores que se deseaban tuvieran posibilidad de aceptar el formar parte del tribunal. Esta habilidad la logré, en efecto. Mi tribunal era Husserl para filosofía, Weissenfels para germanística y literatura alemana. Por lo demás se me había pasado la fecha para la inscripción. No sabía que había un plazo y un anuncio en la Universidad sobre este punto.

El secretario de la comisión de exámenes, docente del Gimnasio humanístico de Göttingen me trató con palabras duras, pero se dejó convencer y me aceptó los papeles. No recuerdo ahora cuándo tuve la respuesta de Hannover. Probablemente justo después de las vacaciones.

Lehmann había formulado tan precisamente el tema, que coincidía con lo que yo había trabajado en el Seminario. En este punto sólo había que añadir algo de bibliografía y esto lo pude demorar tranquilamente hasta antes del plazo de entrega, que era en noviembre. Pero Husserl me reservaba una desagradable sorpresa. No estaba muy fuerte de memoria y formuló el tema de tal modo que tenía que tener en consideración, no solamente a Th. Lipps, sino a la restante bibliografía sobre el problema de la "Einfühlung"; aunque, ciertamente, a Lipps en primer término. Pude dejar tal como estaba la introducción y mantener la estructura del trabajo, pero me vi obligada a estudiar a fondo una buena cantidad de bibliografía nueva y prepararla.

La bomba del asesinato del rey de Servia estalló en medio de nuestra pacífica vida estudiantil. Aquel mes de julio estuvo transido por la pregunta: "¿Habrà una guerra europea?". Todo era como un presagio de que se estaba gestando una tormenta tenebrosa. Pero no podíamos hacernos a la idea de que iba a ser una realidad. Los que han crecido en la guerra o después de la guerra no pueden ni imaginarse aquella seguridad en la que creíamos vivir hasta 1914.

La paz, la tranquila posesión de los bienes, la estabilidad de las relaciones cotidianas, constituían para nosotros como un inmovible fundamento de la vida. Cuando, finalmente, percibimos que se acercaba inexorablemente la tempestad, todos intentamos atisbar con claridad el proceso y el desenlace. Una cosa era segura: se trataba de una guerra distinta a las anteriores. Una destrucción tan horrorosa no podía durar mucho tiempo. En unos meses todo habría pasado.

Cuando Toni y yo salíamos del curso de Reinach, a las siete de la tarde, comprábamos en un establecimiento de la Judenstrasse el "Berliner Zeitung" del mediodía, que llegaba de Berlín en el tren a esa hora. Algunos días todavía no había llegado. Esperábamos paseando arriba y abajo delante de la puerta y

charlando hasta que llegaba. Naturalmente no éramos las únicas personas que hacían esto. Una vez encontramos allí a Reinach con su mujer y su hermana. Nosotras acabábamos de comprar cerezas en una frutería y nos las comíamos mientras hacíamos tiempo. Al cruzarnos con los Reinach les tendí, abierto, el cucurucho y ellos tomaron algunas cerezas. Al poco volvió la señora Reinach y, adelantándonos, nos ofreció también de sus provisiones que había adquirido entretanto. Y tuvo que oír de su marido que las cerezas de la señorita Stein eran mejores que las suyas.

Cuando entré en el cuarto de trabajo de Reinach para la última reunión del curso todavía no había llegado nadie. Sobre el escritorio estaba abierto un gran atlas. Al momento llegó Kaufmann. También él reparó en el atlas abierto y dijo: "También Reinach estudia el atlas". Aquella tarde ya no se habló de filosofía. Se trató solamente de lo que iba a suceder. "¿Usted también tiene que ir, señor doctor?", preguntó Kaufmann. "Yo no tengo, pero yo puedo", fue la respuesta. Aquella réplica me llenó de satisfacción. Coincidió perfectamente con mis sentimientos.

De día en día crecía la excitación. Pero entonces, como en posteriores ocasiones de crisis, me mantenía serena y seguí haciendo tranquilamente mi trabajo, aunque interiormente preparada para interrumpirlo en cualquier momento. Me resistía a correr de un lado a otro y a aumentar con inútiles habladurías la general conmoción. Me había impresionado mucho al leer a Homero el que Héctor encomienda a su mujer la casa y el trabajo una vez que se ha despedido de su hijito para no volverlo a ver.

El 30 de julio, por la tarde, a eso de las cuatro, estaba sentada ante mi escritorio y sumergida en *El mundo como voluntad y representación* de Schopenhauer. A las cinco iba a ir a una clase. Llamaron a mi puerta y la señorita Scharf entró con su amiga la señorita Merk, también silesiana. Me dijeron que querían ahorrarme el camino, pues había aparecido un anuncio en el "tablero negro" en el que se decía que por haberse declarado el estado de guerra se suspendían todas las clases. Las dos se iban aquella misma noche a casa. Mientras hablábamos llamaron de nuevo a la puerta. Era Nelli Courant. Richard había recibido orden de incorporarse a filas. Para cuando se diese la orden de movilización tendría que estar en su batallón de reserva, en Thüringen, como subteniente. Ella, por su parte, no debería quedarse sola en Göttingen, sino esperar el final de la guerra con su padre en Breslau.

Richard era de la opinión de que en cuanto empezase la movilización los trenes para la población civil se suspenderían y, por ello, debía irse aquella misma noche. Me preguntó si quería irme con ella. Yo reflexioné unos momentos. Göttingen estaba en el centro de Alemania y, por ello, había menos posibilidad de que el enemigo se acercase. Sin embargo, Breslau estaba a muy pocas horas de la frontera rusa y era el principal baluarte del este. No era un imposible que pronto fuese asediada por las tropas rusas. Mi decisión estaba

tomada. Cerré *El mundo como voluntad y representación*. Cosa extraña, no me he vuelto a ocupar nunca de él. En aquel momento serían las cinco. Nuestro tren salía a las ocho. Tenía que arreglar muchas cosas en ese tiempo. Así que les dije que una vez que hubiese acabado todo estaría a las siete y media en casa de los Courant, para ir a la estación con ellos. Así nos separamos. Creo que lo primero que hice fue ir a casa de Toni Meyer. No podía dejarla sola. Quizá no se decidiese tan rápidamente como yo. Dado que no tenía tiempo para esperar el fin de sus dudas, la cité también en casa de los Courant, por si se decidía a viajar con nosotras.

Toni fue a ver a otros amigos de Silesia (el profesor Lichtwitz y esposa) para pedir consejo. Y yo seguí mi camino: al banco para sacar dinero, a la casa donde comía al mediodía para pagar la cuenta del mes y, luego, a casa de Reinach. Le pedí el certificado de escolaridad de su curso y seminario. Lo hizo, pero me dijo que no necesitaba más certificados, pues luego nadie me los pediría. Se interesó por mis proyectos. Yo ingresaría en la Cruz Roja.

El no había hecho el servicio militar, pero, naturalmente, se alistaría como voluntario de guerra. En caso de que no le admitiesen le tendría que ayudar al coronel von Gründell, que ahora había vuelto al servicio activo. Anotó mi dirección. Nos daríamos mutuamente noticias el uno del otro, comunicándonos lo que nos sucediese. Por vez primera me di cuenta de que su amabilidad para conmigo no brotaba únicamente de su afecto por todas las personas, sino que era una cordial inclinación de amistad.

A continuación me dirigía rápidamente a mi casa. Empaqueté lo más preciso y guardé todo lo demás como pude en mi cesta de viaje, confiándolo a mi patrona para que me lo cuidase. También, de prisa, arreglé las cuentas con ella y me despedí. Tenía justo el tiempo para ir a casa de los Courant. El coche estaba ya delante de la puerta y Toni allí. Pero Nelli todavía se hizo esperar un rato. Richard nos iba a acompañar una parte del trayecto, pero nos despedimos en su cuarto de trabajo. Y esto no fue rápido. Yo estaba muy unida a ambos.

En el fondo era un tanto extraño que Nelli se fuese antes que su marido. Yo no lo hubiese hecho en su lugar. Pero fue así debido a la preocupación por su padre. Y ella era en todo diferente a las demás personas.

La estación y el tren estaban, naturalmente, llenos de viajeros. No podíamos ir a Eidenberg, donde normalmente se hacía el trasbordo a la línea Kassel-Breslau, sino que tuvimos que ir a Kassel. En este trayecto nos acompañó Richard. En Kassel la tensión y el confusionismo eran todavía mayores. No pudimos saber con seguridad si el tren en el que nos habíamos subido era el de Breslau. Incluso los empleados no lo sabían con seguridad y terminaron por desaparecer para no estar constantemente sometidos a las preguntas de todos. En cada paso a nivel que cruzábamos había un control. Esto nos hacía ya

pregustar el ambiente de guerra. Por lo demás, según nos íbamos acercando al este, todo estaba tranquilo y ordenado. Esto mismo habría yo de observar luego al comienzo de la revolución.

Cuando ya estábamos en ruta tuvimos que detenernos durante mucho tiempo para hacer una reparación en la máquina. Esto sucedió ya al día siguiente. Los viajeros salían como hormigas de los departamentos y acampaban al borde de la vía en aquel soleado día de julio. Era un cuadro de paz y alegría que conmovía, especialmente al pensar que íbamos a la guerra. En el camino nos encontramos con Danziger.

Llegamos a Breslau a última hora de la tarde del 31 de julio. Nelli era mi principal preocupación. Antes de ir a mi casa la llevé a la de su padre. Creo que le pedí a Danziger que llamase por teléfono entretanto a mis familiares para decirles que ya había llegado y que iría enseguida. El consejero señor Neumann, en su alegría, nos abrazó efusivamente, primero a su hija y luego a mí. Yo me entretuve poco. Tenía el taxi a la puerta y seguí enseguida. Mi madre me esperaba en la ventana y bajó a la calle para recibirme. Cuando yo bajaba del coche ella estaba ya en la portezuela.

“Nunca te has portado tan bien”, dijo radiante de alegría. Realmente no era merecedora de tal alabanza, pues la orden de que volviese a casa inmediatamente ya no me había alcanzado en Göttingen.

Toda la familia estaba reunida. Incluso los Biberstein. Para asombro mío, nadie estaba tan transido de los acontecimientos como yo. “No hay que tener miedo”, dijo mi madre. “No tengo miedo —dije yo—, pero es muy posible que en un par de días los rusos crucen la frontera”. “En ese caso —dijo mi madre—, con el mango de la escoba los echamos fuera”.

Nelli Courant fue la que me dió la noticia, justamente con otra que había leído en el “Schlesischen Zeitung”. Este periódico conservador traía un juicio desfavorable sobre el “pensar apátrida” de algunos profesores de Göttingen. Según el periódico, estos profesores deberían haber negado el examen oral de doctorado a un inglés que se encontraba en prisión preventiva a causa de unas declaraciones antialemanas que había hecho.

El “inglés antialemán” era nuestro amigo Bell, y los “profesores apátridas” eran nuestro antiguo maestro Husserl y dos colegas que habían examinado a Bell de asignaturas complementarias. Todos sus nombres figuraban en la noticia. Yo estaba segura de que se trataba de una deformación de los hechos, y me dispuse a aclararlo. Escribí a Bell diciéndole que habíamos leído el “infundio”, y le rogaba me comunicase la verdad del caso. La respuesta traía el sello de la Dirección de Policía de Göttingen y venía de la cárcel. Bell, en principio, quedó en libertad, como canadiense que era (los súbditos de las colonias inglesas no fueron internados hasta principios del año 1915). Un día

pasó por delante de la casa de Bell un conocido suyo (alemán) y habló con él desde la ventana. Esto era el típico estilo de la vida de Göttingen; pero en el estado de ánimo en que la gente estaba en los primeros meses de la guerra, algo imprudente.

El conocido le preguntó: "¿Qué dice usted de la declaración de guerra del Japón?". Bell respondió, sin preocuparse y sacando parte de su cuerpo por la ventana: "Para nosotros es, naturalmente, muy ventajoso". Una señora que pasaba por allí oyó esto, se indignó y presentó una denuncia inmediatamente. Este era el motivo, extraordinariamente deformado como manifestación anti-alemana, que aparecía en el periódico.

Bell fue puesto bajo vigilancia preventiva, pero podía seguir en su casa. Como no podía salir de ella, tampoco pudo hacer en los días señalados el examen en la Universidad, y sus considerados profesores decidieron hacerle el examen en su casa.

Esto produjo un verdadero escándalo entre los colegas nacionalistas; se convocó un consejo de Facultad; el examen fue declarado como inválido, así como se decidió la no aceptación del trabajo que había sido presentado antes de la declaración de la guerra.

Cuando fui a Göttingen, Husserl me contó que Bell estaba detenido en la "prisión de estudiantes". El lo había visitado ya, y que yo podía hacerlo también, pero que necesitaba un permiso de la Dirección de Policía. Naturalmente, me decidí inmediatamente a solicitar el permiso. Además de la simpatía amistosa por el prisionero, había en mi decisión un componente un tanto romántico de hacer "una visita a la cárcel estudiantil". Yo no había visto nunca el local. Estaba en el piso último del Aula, que yo había pisado solamente en las solemnidades de inauguración de curso y para pagar las matrículas, pues en aquel edificio estaban las oficinas de secretaría.

El director de Policía me dió el permiso sin dificultad. Recibí un volante con la observación de que el domingo siguiente podía ir a la prisión estudiantil por la mañana, de once y media a doce. Y con el volante me presenté al administrador del Aula. Su amable esposa me condujo hasta arriba, me abrió la puerta y, con gran sorpresa mía, volvió a cerrar tras de mí. Yo estaba, pues, presa allí por media hora. Bell me saludó con alegría. El movimiento de su mano con el que me invitaba a sentarme en una tosca silla de madera la convirtió en un sillón de mimbre.

Lo primero que hice, sin poderlo remediar, fue inspeccionar el cuarto. No era una estancia mala. En efecto, una habitación espaciosa y clara.

En una pared había una pintura artística que procedía del "inquilino" anterior. Era una vista de la "Mütze", la famosa taberna de Göttingen, la casa

antigua más simpática de la ciudad. Había también otros dibujos en la pared menos afortunados. No había muchos muebles, pero sí todo lo necesario: una cama de hierro con una gruesa manta de lana, dos sillas de madera y una recia mesa también de madera con muchos libros encima.

El preso estaba del todo contento con su suerte y sin ninguna amargura contra la gente que había provocado su detención. No quisieron dejarle por más tiempo en su casa y decidieron su traslado a la prisión del cuartel de Policía. Pero no reunía en Göttingen las condiciones necesarias para un encarcelamiento prolongado. Se utilizaba únicamente para retener ocasionalmente por una noche a un borracho o algún caso semejante. En casos de arresto más largo se tenía que recurrir a Hannover.

En medio de todo este embrollo estaba metido el rector de la Universidad, el matemático Runge. El dijo que podía poner a disposición del caso un local apropiado: la cárcel estudiantil. El profesor Runge era una persona bondadosa y humana, patriota, pero no nacionalista. Había convertido todos los bienes de fortuna que poseía en favor del empréstito de guerra, con el convencimiento de que si Alemania se hundía tampoco nosotros necesitábamos nuestras fortunas privadas.

Su actitud en favor de Bell no la sostuvo tan sólo por sentido de justicia, sino por motivos personales. Bell era amigo de sus dos hijos, Wilhelm y Bernhard. Su relación con ellos era la de amigo mayor, pues les llevaba bastante diferencia de edad. Los dos hermanos se habían alistado voluntarios en el regimiento de Göttingen, y Bernhard cayó en el frente de Flandes, con diecisiete años. Sus padres recuperaron sus cartas, entre ellas una que Bell le había escrito al frente. Por ella vieron cuánto le quería, y lo consideraron como otro hijo.

Después de aquella visita a la prisión, no supe de Bell nada en unos meses. En enero me lo encontré inopinadamente en la calle. El iba de paseo con Runge y yo en compañía de Erika Gothe. Cruzó la calle y contó sus últimas aventuras. No se le había dejado mucho tiempo en la amable cárcel estudiantil. Sus "amigos" los filólogos consideraron que no tenía derecho a estar allí, dado que se le había expulsado de la Universidad. Fue trasladado a la cárcel de Hannover. Pero allí no estuvo más que dos semanas. El profesor Runge había conseguido permiso para tenerle en su casa. El mismo había dado una fianza por él y podía salir a la calle en su compañía. Sin embargo, esta solución favorable no duró mucho tiempo. Algunas semanas después se decretó el internamiento de todos los ingleses de las colonias. Bell fue al campo de concentración de Ruhleben y tuvo que permanecer allí hasta el fin de la guerra.

En noviembre, una vez que hube entregado mi trabajo escrito, pedí un plazo, lo más corto posible, para la prueba oral. Me fijaron el 14-15 de enero. Sólo a las amigas más íntimas de Göttingen se lo dije. A casa no escribí nada del asunto. Había que inquietar al menor número de personas. Yo me iba a quedar las

Navidades en Göttingen. Como es lógico, todos los demás se fueron a casa. Liane, que no tenía casa, se contentó con irse a casa de unos conocidos. Antes de la desbandada, oí una noche muchas pisadas por la escalera. Se trataba de Pauline, Erika y Liane, que me traían un arbolito de Navidad todo engalanado. Sería un consuelo afectuoso para mi soledad de las Navidades.

Antes del examen hube de hacer una visita protocolaria a los miembros del tribunal. El que me conocía menos era Weissenfels, el historiador de la literatura. Como Eduard Schröder, su poderoso colega, estaba de capitán en el frente, llevaba él el seminario superior de germanística y era director sustituto. Al comienzo del semestre me había recibido amistosamente, sin exigirme el trabajo de ingreso. Me aseguró que me conocía bien por haber asistido a sus ejercicios sobre el Fausto en el anterior semestre y que estaba convencido de que yo sabía algo. Ahora daba sus ejercicios sobre Heinrich von Kleist. Las primeras semanas asistí. Pero como me resultaba aburrido e inútil, le dije que comprendiese que yo tenía que trabajar de firme para el examen, rogándole me dispensase de la asistencia.

Poco antes de ir a verle, alguien me dijo que si iba a hacer el examen de alemán de grado superior y no había hecho ningún trabajo de licencia en esta materia, tenía que redactar un trabajo con "encerrona". Cuando estuve con Weissenfels le pregunté si esto era así. (Su casa estaba situada al lado de la de Husserl, en Hohen Weg). Dijo que sí, pero que no se trataba de nada peligroso. Solamente había que escribir un pequeño tema en tres horas. Yo opiné que en tres horas no se podía hacer nada que mereciese la pena. Me contestó que no se pedía ninguna cosa grande, sino tan sólo conocer el estilo. En ese caso, repuse que se podía simplificar el asunto. Le propuse que leyese uno de mis dos amplios trabajos. Y como lo encontró práctico, aceptó mi propuesta.

Al preguntarme por los temas que yo había tratado, le recomendé el histórico, ya que el filosófico era de difícil acceso para los no fenomenólogos. Sin embargo, él se interesaba precisamente por este tema, y me prometió que lo pediría a Husserl. Con ello el examen oral quedó simplificado tanto como fue posible.

En aquella época había, junto al examen de las asignaturas escogidas como correspondientes a la especialidad, otras que componían la "cultura general": filosofía, alemán y religión. La filosofía y el alemán no eran mi problema, porque entraban dentro de mi especialización personal, y la religión tampoco, dado que a los judíos se nos dispensaba. De esta forma quedó justificada mi "cultura general".

Sólo tenía que examinarme de las asignaturas de la especialidad. De todos modos, como quería tener su aprobado en el grado superior, el examen duraba una hora para cada una. Como tema monográfico para alemán señalé a Lessing. Había trabajado bien sus obras en el curso sobre Lessing de Weissen-

fels. En realidad, no había asistido a sus clases, pero me habían prestado sus apuntes, que mi hermana Frieda había pasado a máquina durante las vacaciones. Tuve que indicar también lo que conocía de los “epos” alemanes medievales. Eran bastantes, entre ellos el “Meier Helmbrecht”, de Werner el jardinero, que conocía por un curso de Breslau y que me había facilitado mi ingreso en el Seminario de Göttingen.

Fue magnífica la visita a Max Lehmann. Aquel hombre, ya mayor, estaba en una situación difícil en Göttingen. Como viejo liberal y entusiasta anglófilo, sufría mucho por la guerra contra Inglaterra. El horroroso saludo “¡Dios castigue a Inglaterra!” que se había puesto de moda en algunos círculos, le sacaba siempre de quicio. Se había quedado en la Facultad casi solo con sus ideas y marginado por sus colegas.

Sobre todo ello habló con libertad conmigo. Su consuelo era su seminario. Sin aquellas buenas horas de los lunes por la tarde no hubiera podido aguantar. Se mostraba muy crítico sobre la actitud del Gobierno alemán. Al despedirme de él me dijo: “El viernes no hablaremos de estos temas”. Y yo le repuse: “¡Oh!, sería para mí mucho más agradable que tener que tratar de los otros”, a la vez que le sonreía.

Anotó en mi tarjeta de visita el tema de mi especialidad. Durante el examen la tenía en la mano para ayudarme. Lehmann me informó luego que yo debería hacer también examen de historia griega y romana. No me dejé asustar por ello, y cité como tema las guerras púnicas y las persas, dado que estas guerras decisivas eran lo mejor que recordaba de la escuela. Especialmente, las guerras púnicas las conocía muy bien por mis largos años de lectura de Tito Livio. En los últimos días leí afanosamente la historia romana de Mommsen para refrescar lo que sabía y tener una vista panorámica.

En la mañana del primer día de examen confié a la señora Hartung mis preocupaciones. Se arrellanó con toda comodidad y amplitud en el sofá y me animó. Por su trabajo conocía casi toda la Facultad. Periódicamente había trabajado en casa de la señora Weissenfels. “Weissenfels no la suspende a usted —me dijo con la mayor de las seguridades—. Y con Husserl está del todo descartado el que le vaya mal”.

El examen era en el edificio del Gimnasio Humanístico, y el director, Miller, era muy temido como presidente de la comisión examinadora. Aquel día no le vi todavía. Me examiné sola, pero a la vez en otras aulas se examinaban otros candidatos, por turno, de sus diversas especialidades. Esperábamos todos en una habitación preparada al efecto. A las cinco vino Weissenfels en persona a buscarme. Hubiera tenido que estar presente otro miembro de la comisión de examen para formar el tribunal; pero como no vino, estuvimos solos.

Weissenfels sacó un pequeño libro: el texto de alemán de la alta edad media. ¿Qué podría ser? No era otro sino el "Meir Helmbrecht". Tuve que dominarme para que no se delatase mi alegría. Leí y traduje fluidamente y supe contestar a todas las preguntas gramaticales. A continuación comenzó un paseo por la literatura alemana. Debía señalar la evolución de la época, lo que me dió lugar a hablar de la literatura popular. Así llegamos al tema de Fausto y sus distintas versiones. Cuando iba a hablar sobre el fragmento del Fausto de Lessing, Weissenfels me interrumpió: "Usted ha elegido como especialidad a Lessing y yo quisiera ahora mejor preguntarle algo sobre el romanticismo". "Hágalo, por favor", dije tranquila y conforme. Al terminar de responder a aquellas preguntas se acabó el plazo de la hora. El examinador, muy cordial, me deseó suerte y se congratuló de que hubiese empezado tan bien el examen.

Para el viernes, de 11 a 12, estaba fijado el examen de filosofía. Aquel día estaba en el tribunal el director Miller. Yo sabía que a Husserl esto no le gustaba nada, porque le reprochaban que era muy blando con sus alumnos y, debido a ello, era muy severo en los exámenes. Durante toda la hora me estuvo haciendo preguntas de historia de la filosofía. Yo había leído mucho a Platón, pero ahora me preguntó en concreto sobre el *Timaeus*, del que yo sólo conocía por exposiciones pero no directamente. No me atrevía a confesar esto por temor a dejar mal a mi buen maestro ante el severo presidente. Comencé hábilmente a reconstruir la marcha del pensamiento del diálogo utilizando como punto de apoyo las preguntas que me hizo. Lo mismo hice cuando tuve que responder a las preguntas sobre la postura de David Hume sobre la matemática en su *Essay* y su *Treatise*. El *Essay* no lo había leído en absoluto y el *Treatise* sólo en parte, pero acometí valerosamente la comparación.

Estas acrobacias intelectuales me gustaban mucho, aunque me producían una enorme tensión. Descansé cuando Husserl, por fin, se fue a la Lógica. Al final hubo algunas preguntas fáciles de la historia de la Pedagogía. Había tenido que mantenerme firme durante cinco cuartos de hora.

Cuando había llegado al final del estrecho Feldweg del "patio" de la iglesia de San Albano y desembocaba en la Schillerstrasse, allí estaba Erika con medio cuerpo fuera de la ventana de la cocina y me saludaba abriendo ambos brazos. La comida estaba lista y exquisitamente hecha. La mesita para las dos puesta y mientras reparábamos fuerzas tuve que contarle todos los lances de la batalla desde el principio hasta el fin.

Estaba casi agotada, pero no me podía permitir el lujo de estar cansada pues por la tarde a las cinco venía el último acto: el examen de historia. Esta vez estaba en el tribunal Weissenfels. Como se retrasó, empezó Lehmann en primer lugar con el texto griego. Siempre era el comienzo de la Anábasis que yo sabía de memoria. Cuando entró Weissenfels, Lehmann le recibió con estas palabras: "La señorita está muy bien preparada en griego" y volvió la cara sonriendo. Luego continuó el examen. Vino una pequeña pregunta sobre la

guerra de los persas. Y entonces surgió algo sorprendente, pues me dijo: “¿Cuál es el hecho más grande de Aníbal, según su opinión?”. Yo no había pensado nunca sobre ese punto. Tampoco sabía que era la pregunta favorita de Lehmann y que quería que le respondiesen: “El paso de los Alpes”. Reflexioné un momento y dije con gran seguridad. “Que llevó la guerra a Italia”. Ahora el sorprendido era Lehmann. Pensó seguramente que no me había tomado la molestia de recoger una serie de preguntas de los exámenes anteriores con las respuestas correspondientes, sino que yo completamente ingenua reflexionaba y juzgaba por mi cuenta. Me aceptó la respuesta como válida y me llevó a través de una pequeña pregunta de transición hasta el paso de los Alpes. Esto lo conocía yo con toda exactitud por la lectura de Livio.

La historia antigua no era más que la introducción. Ahora venían los temas de la especialidad de Lehmann, entre los que yo había elegido el mío. Y de nuevo tuvimos un comienzo sorprendente. “¿Qué hay de la crítica del militarismo prusiano?”. Yo pensé: “¡Qué simpático!”, pues me acordé de que en mi visita le había dicho que prefería tener una conversación de política a tener que examinarme. Pero la pregunta olía a chamusquina. Sonaba como una invitación a la crítica de lo establecido y esto yo no lo deseaba hacer. Así que respondí diplomáticamente: “Eso depende de lo que se entienda por ‘militarismo’”. Weissenfels soltó una carcajada. Pero Lehmann con toda parsimonia me dió su definición: “Se dice que hay militarismo allí donde se mantiene en pie un ejército en tiempos de paz”. Entonces, dado este presupuesto ya pude conceder, sin escrúpulo, que era correcto hablar de un militarismo prusiano. Pero a continuación tuve que dar las razones de fondo por las que Inglaterra hasta el presente se había defendido contra el militarismo. Y ahora sí que estábamos en un terreno resbaladizo, y así continuamos, finta tras finta, hasta que dieron las seis.

Fuera me esperaba Pauline Reinach. Lo primero que hizo fue llevarme al “Kron y Lanz” para tonificarme con café y pasteles después de la batalla dada. En una mesa vecina estaban sentados el matemático Landau y el psicólogo Katz. A los pocos minutos vino Katz hasta donde estábamos nosotras y nos dijo que el profesor Landau le había contado que me había visto en el Gimnasio y que de seguro había hecho un buen examen. Ahora quería felicitar-me. Esto, naturalmente me llenó de satisfacción.

Aquella noche fuí a cenar a casa de los Gronerweg. De camino, en una pequeña estafeta de los Wendenstrasse puse un telegrama a Breslau con la buena noticia. Pauline me dió conversación un ratito en su cuarto, porque Erika y Liane no habían terminado los preparativos de la cena. Cuando por fin nos llamaron a la mesa, vi como lucían en mi sitio muchas velitas en ruedas de madera pintadas como se hace por el cumpleaños con la tarta. Alrededor había ramilletes de violetas. La señora Gronerweg se había ocupado de la fiesta. Erika estaba sentada frente a mí y sus ojos resplandecían de cariño y de alegría.

Al día siguiente fuí a Hamburg. Coincidió con el hecho de que mi hermana Rosa estaba por unas semanas con Else y las dos se alegraron de que fuese a verlas para compartir con ellas mi alegría. Aquí recibí también la felicitación de Breslau. La carta de mi madre contenía aquellos pasajes que ya más arriba recordé: ella se alegraría mucho si yo quisiera pensar en aquél al que debía ese éxito. Pero todavía no había ido tan lejos.

Yo había aprendido en Göttingen a tener respeto ante las preguntas de la fe y por las personas creyentes. Hasta iba ahora con mis amigas alguna vez a una iglesia protestante, pero todavía no había reencontrado el camino hacia Dios. La mezcla de política y religión que caracterizaba los sermones no me podía llevar al conocimiento de la fe pura y me repelía frecuentemente.

No quise prolongar mucho tiempo mi visita. Había llegado el sábado, y el miércoles, después de comer, estaba puntualmente en mi sitio en el Seminario de Husserl. Apreciaba mucho que fuese regularmente a sus ejercicios. Y ahora que tan pocos de sus antiguos alumnos estaban, aún lo apreciaba más que nunca. No le había visto después del examen y al terminar la sesión fuí a verle al despacho del director para preguntarle cuándo podía visitarle para enterarme con más detalles de mis trabajos. El maestro, siempre amable, estaba en aquella ocasión de notable mal humor. Había cometido un descuido al no ir a verle después del examen.

Me dijo que me hubiese querido decir muchas cosas sobre mi trabajo pero que ahora no se acordaba, y que no era todavía suficiente trabajo de doctorado. (Nunca había pensado yo que lo fuese). Añadió que, ya que yo había hecho un examen tan brillante en historia y literatura, podría reflexionar sobre si no preferiría hacer la tesis sobre una de estas materias. No podía haberme herido más.

“Señor profesor”, le dije con profundo enfado, “no se me ha pasado por la cabeza el obtener el título con cualquier trabajo. Quiero hacer la prueba de si soy capaz de hacer algo personal en filosofía”. Esto pareció hacerle entrar en razón. Su enfado se había esfumado, y en un tono totalmente distinto me dijo: “Ahora tiene usted que descansar de verdad, señorita Stein. Tiene cara de agotada”.

Por mi parte, no me sentí tan rápidamente reconciliada y me despedí. Al día siguiente me esperaba después de su clase en la puerta del aula. Su esposa le había encargado felicitarme cordialmente y decirme que me invitaba el domingo para tomar café. Teníamos que celebrar el feliz examen. La señorita Gothe, la señorita Reinach y Wiegelt también estaban invitadas. Por último me dijo que si yo tenía el gusto de que estuviese alguien más no tenía más que decirlo.

Antes del domingo hice mis visitas de despedida a Lehmann y a Weissenfels. Los dos me expresaron una vez más su satisfacción. Weissenfels me reveló que el presidente del examen había puesto dificultades a la nota de "cum laude", debido a que creía que el examen sobre "cultura general" había sido muy fácil. Los examinadores, sin embargo, mantuvieron el que se me diese el Uno. Husserl me aseguró riendo el domingo: "Realmente la nota conjunta del examen escrito y oral que está en el acta consta 'Mit Auszeichnung bestanden' ". (Máxima nota).